507

ESPACIO

PETER KAPRA

FANTASMAS del FUTURO

P. Kapra FANTASMAS DEL FUTURO



FANTASMAS DEL FUTURO

EEMF Nº 507

Autor: Peter Kapra
UUID: ad97cb6a-9e9d-41d9-b2d5-466792bdcd5e
Generado con: QualityEbook v0.82

PETER KAPRA

Fantasmas del futuro

Ediciones TORAY
Arnaldo de Orns, 51-53
Barcelona
Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Portada: S. FABA

Depósito Legal: B. 20.957 — 1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

JANET LEARY, oficial de Control Cívico, con una graciosa sonrisa en sus labios rojos, leyó la placa que había a un lado de la puerta.

Ghost School (Escuela de Fantasmas).

Prof. H. Blake.

Empujó la puerta oscilante. En un extraño vestíbulo, enteramente pintado de negro, había una mesa blanca; detrás, una muchacha con la tez pintada de color amarillo fuerte, ojos oblicuos, rostro alargado, manos estilizadas y una especie de sayo o ropaje blanco, con signos cabalísticos.

No parecía haber más puertas que la de entrada. Todo era negro allí, sombrío, premeditadamente fúnebre y extraño.

La voz de Janet, empero, sonó real, casi alegre:

—Buenos días —saludó, acercándose a la mesa—. He leído el anuncio de la revista «Tiempo».

La extraña y espectral recepcionista alzó la cabeza.

Sus ojos miraron a Janet, como si no la vieran. Parecía desempeñar bien su cometido, pese al absurdo disfraz, sin el cual habría parecido una muchacha bonita.

—¿Quiere usted inscribirse? —preguntó con una voz que parecía venir de los arcanos del pasado.

—Me gustaría obtener antes información suplementaria. ¿Es posible hablar con el profesor Blake?… Oiga, ¿cómo se renueva el aire aquí dentro?

Janet miraba en torno suyo. Le parecía sentir cierta opresión en el pecho. Y no ver puertas ni ventanas aumentaba su sensación de ahogo.

—Hay ventilación —contestó aquella especie de recepcionista-

oráculo—. No se preocupe. ¿Cómo se llama usted?

—Janet Leary.

La muchacha de la tez amarilla tenía colocadas las manos sobre la mesa blanca. No se había movido en absoluto, ni alterado un músculo de su rostro. Sólo entornó los párpados y luego pareció musitar algo.

Janet tuvo la impresión de que la otra hablaba consigo misma.

—Puede usted pasar. El profesor Blake la recibirá —declaró repentinamente señalando a su derecha—: Pase.

—¿Por dónde? —preguntó Janet, dudando sobre que la otra estuviese en su sano juicio.

—El muro no existe.

Janet avanzó unos pasos hasta llegar cerca del muro. El instinto la hizo detenerse y alargar la mano… ¡Y cuál no sería su asombro al ver filtrarse su mano en el «muro», desapareciendo los dedos de su vista!

—No tema —añadió el «oráculo-amarillo»—. Pase. No le ocurrirá nada.

Janet no había llegado a ser oficial de Control Cívico sin poseer méritos propios para ello. Valor, serenidad, entereza y sentido común, entre otras muchas cualidades, la habían otorgado el título. Era, pues, una funcionaría pública.

Y estaba allí cumpliendo una misión oficial.

Avanzó, pues, ¡y su cuerpo se filtró a través del muro negro! Se encontró en otra estancia, iluminada indirectamente por una extraña coloración espectral, también sin puertas ni ventanas. Pero vio una mesa oscura, que se confundía con el fondo negro, y tras ella algo así como un rostro barbudo, de revuelta cabellera entre rubio y bronceado, ojos grandes y chispeantes y tez también cerúlea, pero no de un amarillo tan intenso como la de la recepcionista.

El ropón que cubría al hombre, apenas visible, también era negro. No había adornos en la tela, pero sí extraños dibujos, difuminados, en el muro, detrás de aquella cabeza impresionante, que parecía estar flotando en el aire del enrarecido ambiente.

—Buenos días, señorita Leary. Siéntese —habló aquella cabeza, con voz normal, humana y hasta agradable—. Soy Harry Blake.

—¿Sentarme? ¿Dónde? — preguntó la joven oficial.

—Tiene usted un sillón a su espalda. Póngase cómoda. Sé a lo que viene usted.

Janet volvió la cabeza y vio un sillón negro detrás de ella. ¡Algo que antes no estaba allí, o hubiese tropezado con él al avanzar! Pero no se

alteró. Tomó asiento frente al hombre barbudo, cuyas manos finas y lívidas aparecieron ahora sobre la mesa.

—He leído su anuncio en la revista «Tiempo» y…

—No se moleste en mentir, señorita Leary. La conozco muy bien y sé por qué está aquí. Su jefe, el señor Brower, la ha enviado a hacer un informe. Es lógico. Mi escuela ha despertado el interés oficial. Conozco la ley tanto como usted y no la infrinjo…

—¡Usted dice que su escuela prepara a la gente para convertirse en espíritus futuros! —exclamó Janet, segura de sí misma, sin querer admitir que los conocimientos de Blake le habían confundido—. Y eso es falso. Además, usted debe percibir unos honorarios por sus misteriosas enseñanzas.

—Ciertamente. Quince créditos por semana. No son honorarios excesivamente elevados. No hay abuso, habida cuenta del tipo de lecciones que doy.

—Escuche, profesor Blake —replicó Janet—; no quisiera hacerle arrestar. Usted sabe que no tiene permiso para este singular negocio. El esoterismo y la hechicería pasaron a la historia. Nuestro siglo no es propicio al misterio ni al ocultismo…

—Está usted diciendo disparates, señorita. Ni yo enseño misterio, ni ocultismo, y mucho menos hechicería o espiritismo. Mi propósito es enseñar a las gentes algo que todavía no conoce la ciencia, ni tampoco las autoridades de Control Cívico.

»Mis alumnos recibirán enseñanza adecuada para desenvolverse en el más allá. Y esto no es espiritismo, ni ectogénesis, ni bobadas de ninguna especie.

«Todos sabemos muy bien que algún día hemos de morir, y que nuestro espíritu habrá de presentarse ante la suprema magistratura de Dios. Pero, ¿y el ser metafísico que hay en nosotros? ¿Qué ocurre con él?

—La metafísica es una ciencia embrionaria, profesor Blake —contestó Janet, segura de sí misma.

—Lo será para usted, o para los pensadores que se esfuerzan en estudiarla con ojos físicos. Yo sé muy bien que existen dos materias en los seres humanos: la biológica y la ectoplástica, es decir la material y la esencial. Ninguna tiene nada que ver con el espíritu puro. Éste pertenece al reino de Dios, su Creador.

»¿Cree usted en fantasmas?

Janet sonrió.

—Si sabe quién soy, cosa que me asombra bastante, debe comprender que los fantasmas no me impresionan. No existen.

—No en el sentido que la superstición y la leyenda popular ha creído. En realidad, no se pueden llamar fantasmas, porque no hay almas en pena, ni promesas incumplidas. Pero el ser metafísico existe y se lo puedo probar… Véalo.

Con un gesto, Harry Blake indicó el oscuro muro de su derecha, donde Janet vio materializarse un busto espectral, de facciones borrosas, semitransparentes, y párpados entornados.

—¿Qué truco fotográfico es ése?

Ahora Harry Blake sonrió.

—Hable, Lam. Dígale a esta señorita quién es usted.

Los labios se movieron en la visión extraordinaria.

—Soy Lam, hijo de Abseth, esposo de Exder. Fui rey de Ondmur… Cien mil guerreros lucharon bajo mis órdenes contra los invasores terrestres, en el siglo XXV de la Era Cristiana. Fuimos vencidos. Los rayos desintegrantes de nuestros enemigos diezmaron mi ejército. Sólo yo fui respetado. Cien mil seres murieron. Yo fui capturado y conducido a la Tierra, donde me internaron en el Templo de los Reyes Cautivos.

»Allí conocí a uno de los Hijos de Epsafa, o los Metafísicos, cuya esencia espiritual mora en el tiempo. Él me enseñó su secreto. Invoqué sus esencias eternas y acaté la enseñanza negra.

»Tú eres una mujer de siglos anteriores, nacida en el oxígeno azul de tu planeta, con enseñanzas naturales notables, pero escasas. Mi pueblo era más ignorante, pero más puro.

»Eres, además, lo que nuestros Sabios Mayores llaman de Signo Zeus o Propicia. Naciste un viernes, que es día favorable en la antiastrología, y todo aquel año de tu ingreso en la vida fue ectogenésico, lo cual quiere decir que tu planeta, en su inmutable curso astral, cruzaba la Región Hiperbórea…

—Basta, Lam —habló Harry Blake—. La señorita Leary no comprende nada de eso. Gracias por tu ayuda.

La visión fantasmagórica se disolvió en la negrura del muro.

Janet se volvió a mirar a su visitado.

—¿Espera usted que me crea esa sarta de vaguedades?

—Temí que fuese a decir disparates o estupideces —contestó Blake, sonriendo y mostrando una fila de dientes blancos, lo que hizo pensar a Janet que, a pesar de su color de la barba, era un hombre relativamente joven—. Me interesa usted, Janet Leary. Uno no tiene ocasión todos los

días de tratar con personas inteligentes y propicias al mismo tiempo. Hagamos un trato. Usted asista a mis clases metafísicas, y si, al final, no la he convencido, presente ese informe a su jefe.

«Porque usted ha venido para enterarse de lo que hay aquí y luego informar al Control Cívico. Las Universidades no quieren intrusos. Habrá un proceso, que podríamos llamar la Verdad contra el Ocultismo, o la Física contra la Metafísica. Surgirá la vieja polémica filosófica. Las herméticos contra la declarada ignorancia… ¡Ah, señorita; ésa es la inmutable condición humana!

«Se ha de negar por sistema. Negar siempre. Los hombres son altivos y soberbios, magníficos en sus mundos conquistados. Y muchos hasta niegan a Dios. Otros le ignoran, sin querer darse cuenta que un solo gesto, un soplo divino y toda la Humanidad desaparecería en un microsegundo.

«¿Qué le parece mi propuesta? Está en justicia. Antes de acusar, escuche; luego, informe.

Janet estaba muy seria.

—No cambiaré de opinión. Pienso que todo esto es una superchería, una patraña y un engañabobos. Esto es decoración teatral absurda, con truco… como ese muro osmótico, por el que atraviesan los cuerpos.

—¿A qué muro se refiere, señorita Leary? —preguntó Blake.

—Al que yo he cruzado para entrar aquí.

—¿Está segura de haber cruzado un muro? Trate, por favor, de salir.

Ella se puso en pie y fue hacia donde había entrado. Al extender la mano, sintió la frialdad y la resistencia de un cuerpo. Recorrió el muro negro con las manos rápidamente. Luego se volvió a Blake, quien la observaba, puesto en pie, detrás de la mesa negra, con los brazos cruzados.

—No hay muro osmótico… No hay puerta… No hay nada… Ésta es la lección preparatoria, señorita Leary. Dispóngase a conocer a uno de los Hijos de Epsafa… Mi nombre es… Otos Rham…

* * *

Sidérea, capital del Universo, centro motor y propulsor de todas las Galaxias, faro de antiquísimas civilizaciones, control y coordinación de todas las especies organizadas… Principio o Génesis de inmortales culturas… ¡Cuna de Epsafa!

Aquello era la mayor región habitada del universo entero. Un mundo antimaterial donde habitaban un número incalculable de seres llegados de todos los planetas del cosmos y de todos los tiempos, desde

hacía billones de siglos.

¡Sidérea era la más increíble Babel de todas las civilizaciones habidas y por haber!

Janet Leary se encontró allí, de pie en una elevada torre de cristal, contemplando una extensión ilimitada de llanuras superpuestas y edificadas. Planos sobre planos, mundos sobre mundos, transparentes y opacos al mismo tiempo, tangibles e intangibles, masa amalgamada de seres de las más increíbles y desiguales razas.

Casas inimaginables, caminos metálicos, mares, bosques, montañas, ríos, hombres, fieras, bestias, insectos, minerales vivientes, especies desaparecidas en el caos de los siglos y de las hecatombes, monstruos, engendros, seres gasificados, energía, geometría, locura, dimensiones infinitas, seres vivos y muertos, sombras, espectros, luz radiante, fuego de mil colores distintos, arcos, pozos, clepsidras y cronos electrónicos, esqueletos, reptiles, brujas, gnomos, tritones, escuelas de filosofía, campos de batalla, oro y metales preciosos, nieves, armas, lascivos y poetas, esclavos, sangre azul, roja, verde, negra, pieles también de colores, razas insólitas.

—Aquí viven los fantasmas del futuro, del presente y del pasado. Aquí está todo… ¡Esto es el Todo y el Siempre! —dijo Otos Rham.

Janet vestía aún sus ropas ajustadas y climatizadas, a la moda de su época. Janet encontraba horribles a aquellos seres gelatinosos que se mezclaban con las otras cosas, así como aquellos monstruos cubiertos de pelo lacio y marrón, que se movían como pesados orangutanes unioculares.

También su mente parecía haberse ambientado al espectáculo brutal del cambio. En otras circunstancias, los choques emocionales la habrían trastornado.

Otos Rham no llevaba ahora el ropón negro. Vestía una falda de rayas horizontales que le llegaba hasta los pies. Tenía el torso desnudo y de su garganta pendía un collar dorado, con un escudo parecido a un sol, en cuyo centro había una piedra extraña.

Sus bíceps estaban adornados con ajorcas metálicas, de algo parecido al platino. Y en su muñeca izquierda había algo que Janet creyó era un reloj voluminoso y electrónico. Luego sabría que se trataba de un selector potencial de tiempos físicos… ¡Algo extraordinariamente insólito en un mundo gigantesco y antimaterial!

Su barba revuelta, de oro viejo, era la misma.

—¿Qué sueño es éste? — preguntó Janet.

Él sonrió, mostrando sus blancos dientes.

—No es un sueño, Janet. Te he traído aquí para que conozcas Sidérea. Como aquí el tiempo no cuenta, puedes verlo y conocerlo todo, en un microsegundo o en mil millones de años. Cuando vuelvas allá, esto te servirá de mucho. Te parecerá un sueño, porque la imaginación es ilimitada. Entre la verdad y la ilusión, no hay diferencia. Todo es esencia de vida.

»Ahora, ven. No hemos venido a Sidérea a conversar, sino a que veas. Hay mucho que ver.

—¡Esto es imposible! ¡No puedo verlo ni comprenderlo todo! ¿Dónde estoy?

Otos Rham tomó a Janet familiarmente del brazo.

—Abre tu mente. Toda resistencia psíquica es inútil ya. Soy uno de los hijos de Epsafa. Tuve, y puedo tener aún, una vida como la tuya, en un tiempo. Soy espectro a veces y otras no. Esta ambigüedad no es fácil de ser comprendida por los no iniciados.

»Debes venir, ver y tratar de comprender. Estás en la lección preliminar. Cuando tu mente haya asimilado esto, que es el mundo de lo incognoscible, tu realidad terrestre será distinta.

»Ven, salta conmigo. Aquí no hay gravedad. Se cae o se asciende lentamente o muy aprisa. Puedes verlo todo o solo una cosa.

La torre de cristal era altísima. Janet calculó que podía tener cinco kilómetros de altura. Y no sintió vértigo al caer blandamente, asida de la fuerte mano de Otos Rham.

Se impresionó bastante al ver venir hacia ellos un fabuloso animal tricéfalo… ¡a través del cual pasaron, penetrando en lo que pareció materia de su cuerpo cubierto de placas a modo de escamas!, y luego se maravilló al ver una singular máquina voladora, que parecía formada por aros concéntricos girando y vertiginosamente en medio de un sordo rugido.

Le extrañó pisar una ancha cinta metálica ondulante, sobre la que presenciaron un colosal desfile de extraños edificios de todas formas, dibujos y colores. Luego, una ola negra, densa como el alquitrán, los engulló, sumiéndoles en las más impenetrables sombras; pero salieron ante un dilatado paisaje verde, iluminado por un sol gigante, cuyos rayos de luz parecían ser hilos metálicos tendidos en todas direcciones, a modo de infinitos cordones umbilicales que alimentaban todas las plantas de aquel paisaje.

Después se abrió el suelo en una ancha zanja. Bajo ellos apareció

una ciudad —una de las tantas entrevistas desde la alta torre de cristal — y vio multitud de seres de todas las razas.

Cayeron en lo que parecía un gran anfiteatro a cielo abierto, donde más de ocho mil muñecos, con forma humana, estaban sentados, con las inexpresivas cabezas mirando al enorme escenario, en forma de concha.

Janet se encontró sola allí, en medio de tanto muñeco inexpresivo. Miró a su alrededor, viendo que eran figuras anaranjadas, sin ropas, sin facciones, ni ojos, ni bocas, ni orejas. Muñecos malformados, como de trapo, inertes.

Y vio que el cielo se oscurecía rápidamente, a la vez que se iluminaba el escenario y una figura, situada en su centro, adquiría proporciones casi gigantescas. ¡Aquella figura era el profesor Harry Blake, vestido con su ropón negro!

Janet tuvo la impresión de estar rodeada de ocho mil muertos y que Harry Blake iba a realizar una representación teatral para ella y para los muñecos.

Más, de pronto, una gran salva de aplausos y gritos la envolvió. Al mirar en torno suyo, vio que los objetos sentados en las butacas se habían convertido en hombres y mujeres, ataviados con prendas de todos los tiempos. Y oyó sus voces y sus palabras, expresadas en incontable número de idiomas.

—Ésta es la representación maravillosa —estaba diciendo Blake, en el dilatado escenario, con voz matizada, potente y bien timbrada—. La comedia de todos los tiempos, del hombre y la mujer, en el pasado y en el futuro, de donde ha de salir la verdad para bienestar de nuestra raza.

»Oídme, mortales, predilectos hijos de Epsafa. Yo os cantaré el canto de Zeus. Soy Otos Rham, el convertidor de espíritus, devoto de las musas.

Y con una voz viril, melodiosa y bien timbrada, Blake entonó una canción, con palabras incomprensibles, a modo de exorcismos mágicos, cadenciosos y sublimes, a cuyas estrofas Janet empezó a dormirse.

Luego, despertó de pronto…

CAPÍTULO II

AL abrir los ojos, Janet se encontró tendida sobre un piso blando como la espuma, en una enorme estancia con techo y muros de cristal opalescente y singulares adornos de plata y oro.

Frente a ella, junto al muro, una especie de trípode, que sostenía un humeante pebetero, cuyos embriagadores efluvios llegaban hasta ella.

Y vio a Otos Rham, sentado al estilo árabe, ocultas las piernas bajo la falda, mirándola con ojos expresivos y acariciadores.

—¡Oh! —jadeó ella.

De pronto, se dio cuenta de que sus ropas habían cambiado. Ahora vestía sutiles telas vaporosas, casi transparentes, a través de las que se veían las formas de su cuerpo bien modelado.

—¿Dónde estoy? —exclamó, incorporándose sobre el flexible suelo.

—En mi mansión de Sidérea —contestó Otos Rham—. Te he seducido y poseído, Janet Leary. Me perteneces por entero.

Un intenso rubor se apoderó de ella.

—¿Cómo…? ¡Yo no recuerdo…!

—Tus recuerdos serán vagos e inconcretos. He leído tu mente. Eres propicia, pero no adicta. Hay en ti mucha ascendencia a funcionaría de Control Cívico. Pero tu existencia ha cambiado desde que llegaste a mí. ¡Ahora me perteneces, Janet!

Ella se pasó la mano por la frente. La notó ardorosa, pese a que la temperatura ambiente era fresca y agradable.

—No entiendo… No sé lo que me pasa… Usted es el profesor Blake.

Él sonrió.

—Era el profesor Blake. De eso hace muchos siglos ya.

—¿Siglos?

—Sí, siglos y ciclos universales. Estamos en otro tiempo, en otro mundo, en otro lugar, sumergidos en la inmensidad del Todo Supremo.

—Pero… ¡Yo no entiendo! Por favor, explíqueme usted. Estoy como aturdida. No soy real. Me toco y me siento, pero algo me dice que no estoy aquí, que todo es un sueño… ¡Como si usted me hubiese hechizado!

—No insistas en pretender distanciarte de mí, Janet. Tienes que aceptar la realidad. Ya no estás en la Tierra, en tu siglo. Mejor dicho, hay alguien allí que te sustituye. Se trata de una colaboradora mía que usa tu nombre y tu figura.

»Nadie te echa de menos. Has venido conmigo a Sidérea y estamos en mi mansión de Lokfor. Fuera de estos muros hay jardines, y fuentes, y estatuas maravillosas. Es mi Edén artificial.

—No… no… Mi mente es un caos… No comprendo… ¡Todo esto no es real! ¡Es imaginario!

Otos Rham se levantó lentamente. Ella se había puesto de rodillas y le miraba, pareciéndole mucho más alto de lo que era en realidad.

—Sensaciones nuevas en tu mente. Admito que debes estar confundida. Eso ocurre en la transmutación. Ven, acompáñame. Saldremos al jardín, a comer.

Él la tomó de la mano y la ayudó a levantarse, para conducirla hacia uno de los muros de cristal. Una puerta pareció descorrerse, o esfumarse por influjo de aproximación, permitiéndole ver un maravilloso paisaje jamás soñado, donde la vegetación formaba un artístico retablo de colores y formas.

Salieron a una terraza, protegida con una marquesina de cristal verdoso, donde había una mesa de patas cortas y dos extrañas sillas extensibles hechas de un material semejante al vidrio.

La mesa estaba cubierta de manjares y frutas, ánforas con líquidos aromáticos, néctares y ambrosías, vinos exóticos y vasos artísticos y tallados.

—¿Quién ha servido esto? —preguntó Janet.

—Mis criados —contestó él, indicándole una de las sillas—. Puedes sentarte.

—¿Dónde están?

—Ocultos. Se han retirado. No pueden estar presentes. Les doy instrucciones mentales.

Janet se sentó, notando que la silla se movía y se adaptaba a las distintas posiciones de su cuerpo. Esto la sobresaltó, creyendo haberse

sentado sobre un animal vivo.

—¿Por qué se mueve?

—Esta «klavita» tiene propiedades extraordinarias —contestó Otos Rham, sonriendo—. El peso la vuelve activa. Se distiende accionada por el peso que recibe, y se adapta, al mismo tiempo, proporcionalmente a la forma de este peso y cuerpo. Intervienen el calor y el movimiento.

—¿Y todo eso qué es?

—Frutas, carnes, pescados, leches, vinos, arropes, mieles…

—¿Todo se come?

—Todo. Ha sido elegido de mi despensa, para halagar tu paladar. No habrás probado nada más exquisito en tu vida.

Janet no tenía apetito. Pero sí quería saciar su curiosidad. Miraba a su alrededor, a las flores, a las plantas, al estanque, a las estatuas de figuras doradas, en artísticas posturas.

—Explícamelo todo, ¿quieres?

—¿Vas a creer lo que te diga?

—¿No voy a creer lo que ven mis ojos?

—Tus ojos ven un mundo físico, palpable. Lo he preparado para tu segunda lección de metafísica. Aquí no hay materia, aunque la sientas. Vamos a llamar a esto un paraíso material y tangible, creado en Sidérea, que, como sabes, son muchos mundos en uno… ¡El mundo más enorme de todos los mundos habidos y por haber!

—¿Es real, pues, mi sueño?

—La sensación de irrealidad pronto empezará a desaparecer en ti. No estás aquí, porque ésta no es tu época, ni tu mundo. Eres un aprendiz de fantasma del futuro.

—Admitamos que eso es correcto. Soy una funcionaría de Control Cívico, vivo en Epiro, una de las doce mil quinientas doce megápolis de la Tierra, y estoy en el año 2257. Es primavera. Epiro se halla en el corazón de Europa. Mi ciudad tiene ochenta y cuatro millones y medio de habitantes. El Control Cívico ha sabido que un sujeto extraño se ha establecido en Parque Solar, piso cuarenta, y ha montado una escuela de espectros, donde da lecciones para fantasmas. ¿Eres tú ese hombre?

Otos Rham asintió.

—Sí, todo perfectamente. Eso era así.

—¿Era?

—Ahora estamos en una dimensión sin tiempo. En el futuro de tu época.

—¿Cómo hemos venido hasta aquí?

—Transmutándonos.

—¡Ya! Eso está muy bien matemáticamente. Dimensión Cero, multiplicado por Dimensión Equis, igual a Dimensión Cero otra vez. ¿Por qué hemos multiplicado la tercera dimensión?

—No hemos multiplicado nada. Nos hemos transmutado.

—¿Puede una cristiana cabal y cuerda saber lo que entiende usted por transmutación?

—Háblame de tú, querida.

—¿Y por qué? ¿Porque me has poseído mientras yo estaba hipnotizada? ¿O ha sido una sensación no física? —había cierto desprecio en las palabras de la funcionaría.

—La transmutación está regida por el cerebro. La voluntad física se convierte en voluntad metafísica al alcanzarse cierto grado de intensidad. Todo parte del poder del cerebro, como la levitación, la permutación o la telequinesis.

»La existencia humana es relativamente corta. Predomina el agotamiento físico antes del desarrollo cerebral. Sabemos que en el futuro —y me refiero a vuestro futuro comparativo—, tu raza vivirá muchísimo más. La longevidad progresiva es cauce de expansión. A mayor número de años de vida, mayor desarrollo cerebral. Es lógico suponer que vuestras mentes están todavía en embrión. Ni siquiera sabéis cómo aunar la fuerza mental de varios cerebros humanos para conseguir un efecto común.

»Para levantar un objeto pesado, los hombres se unían. Una piedra de mil kilos podía ser levantada por veinte hombres. Y si la fuerza mental puede alzar o situar en antigravitación un cuerpo, ¿por qué veinte cerebros no pueden alzar un cuerpo mayor?

»Sí, pueden. E incluso impulsarlo a gran altura. Y pueden más… ¡Lo pueden disgregar, convertir en fluido y transmutar! La reintegración posterior a la dimensión elegida es fácil. Sólo hay que adaptar el cuerpo a esa dimensión.

—¡Asombroso disparate! —exclamó Janet, echándose a reír.

—Te haré una demostración. Observa esa jarra de hidromiel. El poder de mi mente, aunque a ti te parecerá hechicería, va a disgregar todos sus átomos, tanto del contenido como del continente. Encauzaré el chorro de materia y lo dirigiré a otro lugar, no importa dónde, porque el poder mental está ligado al imaginativo… ¿Ves el pedestal de la estatua inclinada del estanque? Bien, observa.

La jarra de hidromiel se volatilizó ante la atónita mirada de Janet. Pero con una celeridad que no pudo ser seguida con la vista, la jarra apareció sobre el pedestal de la estatua… ¡Y ésta se desmaterializó en el mismo instante, apareciendo cerca de donde estaba sentado Otos Rham!

—Efecto de transmutación doble —habló él—. He llevado la jarra a donde estaba la estatua y he traído ésta aquí. No he tenido que cambiar de dimensión, sino de espacio. Distancia, gravitación, desintegración e integración, todo por influjo mental, y en la misma fracción de tiempo, o sea, instantáneamente.

—¿No estarás haciendo trucos hipnóticos? —habló Janet, empezando a deshelar su actitud hacia él—. Recuerdo haber soñado que estabas en un escenario. Habíamos caído juntos sobre un anfiteatro. Había ocho mil espectadores…

—¿Cómo sabes que eran ocho mil? —preguntó Otos, súbitamente interesado.

—No lo sé. Algo o alguien me lo dijo. Eran como muñecos, pero, al aparecer tú, todos recobraron vida, aplaudiendo y gritando en muchas lenguas…

—Sí —Otos habló con tristeza, a la vez que bajaba la cabeza—. Eran ocho mil… Tuve que matarlos… Ejercí en ti una impresión desdoblada y opuesta. Primero viste los muñecos; luego, sus cuerpos vivos.

«Necesitaba esos ocho mil seres vivientes. Con mentalidad humana, eso podría ser un genocidio horrible. Eran seres vivos. Un gran rebaño cuyo influjo vital necesitaba yo para cuidar de ti. Ellos no valían para nada. Llegaron de múltiples épocas de nuestro mundo original. No toqué ni uno por cada diez siglos.

»Pero tú eres una Signo Zeus, y vales por millones de ellos. ¿No comprendes?

—¿Los mataste por mí?

—Tuve que hacerlo. Escucha, Janet. No me gusta privar a nadie de la vida. Todas las criaturas son obra de Dios, incluso nosotros. Pero la Naturaleza ha hecho las cosas de forma que unos mueren para que otros vivan. Es preselección.

«Tenía que hacerlo, porque soy uno de los Metafísicos o Hijo de Epsafa. Era mi deber.

—Y… ¿cómo lo hiciste?

—Los congregué allí, en el Anfiteatro. Lo que tú creíste aplausos eran sus crispaciones, su agonía. Y sus gritos eran lamentos. ¡Tú recibiste, en embrión, el poder sensorial de todos ellos! Yo, el influjo

vital que me permitirá velar de ti.

—¿Cómo los trajiste hasta… aquí?

—Transmutándolos. Escucha, Janet, tu sueño no ha sido exactamente un sueño. Te he explicado lo que dentro de poco tú misma comprenderás sin esfuerzo alguno.

»Así te preparo para ser los que la revista "Tiempo” indica como “espíritu adiestrado para vivir en el futuro". Ahora estás en tu futuro. Casi eres una hija de Epsafa. Te falta la iniciación por los Sabios Mayores, reunidos en cónclave. Esa ceremonia se celebrará dentro de millones de años solares. Para nosotros puede ser en cualquier momento.

—¿No existe aquí el tiempo?

—No. Todo es antimateria.

—¿Y para iniciarme en esto has sacrificado ocho mil seres vivientes?

—Sí —admitió Otos.

—¡Eres un abominable criminal, un monstruo repulsivo, un engendro maléfico y bestial, con instintos animales y crueles, sádico, perverso y genocida! ¡Y quiero irme de aquí! ¡Te odio, te aborrezco…! Estás cubierto de sangre de los pies a la cabeza.

* * *

Ian Brower arqueó las cejas, mirando a su subalterna.

—¿No es exacto el informe, Janet?

—¡No, señor; ese informe no lo hice yo!

—Pero… ¿No es ésta tu firma? ¿No es éste tu membrete? ¿No son éstas tus palabras?

—Sí, es mi firma, aparentemente. Pero ellos me tenían dominada… ¿Porque usted no va a creer que, mientras yo estaba secuestrada, otra mujer, exactamente igual que yo, ocupaba mi lugar?

—Se me hace muy difícil de creer, Janet —habló el jefe Brower, entre dubitativo y confuso—. A mí no me engañan mis ojos. He hablado contigo estos días… ¡Y eras tú misma!

—¡No era yo! ¡Le repito que ellos, o él, ese profesor Blake, puso otra mujer en mi lugar! ¡Todo lo que hay escrito aquí es una patraña! ¡Ese individuo de la barba rubia es peligrosísimo! ¡Ni siquiera pertenece a nuestra época, ni es de nuestro mundo!

Brower se rascó la nariz.

—Siéntate, Janet, creo que estás fatigada. Tienes ojeras y no has debido dormir bien. ¿Por qué no te vas a casa a descansar?

—No. Acabo de despertar en mi despacho. Supongo que habría una mujer igual que yo, a la que he eliminado, recuperando mi puesto. Cuando fui a ver a Harry Blake, ya no regresé. He estado una semana en otro mundo, en un lugar que ellos llaman Sidérea, que es una mezcla de mundos superpuestos.

Ian Brower tenía cuarenta y nueve años. Procedía de la Policía Espacial y había visto y oído de lo más insólito. Tampoco era nuevo para él que existieran mundos dimensionalmente distintos al suyo. Su universo poseía tres dimensiones exactas. Si existían otros de más dimensiones, no le concernía.

Era necesario simplificarlo todo, coordinarlo. Ya existían demasiadas complicaciones.

—Por favor, Janet; siéntate —ella obedeció—. Vamos a suponer que no necesitas ser examinada por un psiquíatra.

—¡No estoy loca! —exclamó Janet.

—Repito, vamos a suponer que estás cuerda. ¿Admitido? En tal supuesto, no acepto lo que dices. Aquí hay un informe, firmado y sellado por ti. Habla de la investigación hecha en el piso cuarenta del Parque Solar, en la «Escuela de Espectros». Fuiste allí, viste la tramoya montada por el que dice llamarse profesor Harry Blake, para obtener quince créditos de cada uno de sus alumnos.

«Has consultado en el Instituto Legal, en la Academia Central de Enseñanzas Privadas, en el Registro de Permisos Laborales… Y todo está en regla. Si la gente quiere aprender a ser un buen fantasma en la otra vida, es muy libre de hacerlo.

«Existen predicadores extraños, Janet. ¿Recuerdas el que decía ser discípulo de Satán? ¿Y el predicador de pecados? Según aquel tipo, Dios sólo perdonaría a los pecadores. ¿Por qué perdonar a quien peca?

«Hay religiones a millones. Casi cada habitante de nuestro viejo mundo tiene un concepto distinto de la religión. Todos adoran a Dios a su manera. El asesino cree que Dios perdona a los derramadores de sangre; el ladrón, porque robar al que tiene no es delito. Y el que miente, y el que falsea… ¡Y hasta el que duerme! Los fieles del sueño también predican el inmovilismo total.

«Pero todo eso está permitido en nuestra decadencia. Y Harry Blake tiene derecho a enseñar lo que se le antoje, porque está dentro de la ley.

—¿Cómo tengo que decirle que fui dominada o hipnotizada y trasladada a otro lugar? —insistió Janet—. Otos Rham me dijo que mi puesto aquí estaba ocupado por una colaboradora suya, que me

sustituía.

—¡Perfecta sustitución, Janet! ¿Y dónde está ahora esa suplantadora?

—Ha regresado con Otos Rham. Yo he vuelto… Digo la verdad… Los Metafísicos existen. Les llaman también los Hijos de Epsafa.

Ian Brower señaló con el índice al rostro exaltado de Janet.

—Escucha, Janet. Vete a casa a descansar. Tómate unos días de reposo. Creo que estás fatigada. Vuelve la semana próxima. Pondré a Bill en tu sitio, si te necesitamos.

—¡No estoy cansada! ¡Tiene que creerme!

—¡Basta! —exclamó Brower, dando una fuerte palmada sobre la mesa—. Si insistes en tu terquedad, habré de someterte a reconocimiento psiquiátrico… ¡Puedes ser destituida del servicio, si se demuestra que tu cerebro se ha trastornado!

Janet fue a decir algo, pero se contuvo. Aún miró a su jefe unos instantes. Luego, suspiró y dijo:

—Está bien, señor Brower. He sido una tonta… Perdone. Me tomaré esos días de descanso. Tal vez lo necesite.

El jefe sonrió y se levantó, rodeando la mesa para tomar a Janet del brazo.

—Eso está mejor, Janet. Vete fuera de Epiro… Te recomiendo las inmediaciones del lago Schiller. Allí la atmósfera es limpia y pura. La quietud te calmará los nervios. Cuando regrese, estarás más confortada.

—Sí, gracias… Gracias… Eso haré.

Cuando Janet hubo salido, Ian Brower regresó a su mesa y pulsó un botón diciendo:

—Mark, quiero que se vigile estrechamente a Janet Leary… Envía dos sabuesos hábiles de la Sección CGT. Ella no debe saber que la vigilamos. Quiero un informe completo de todos sus pasos.

—Sí, señor Brower —contestó una voz.

CAPÍTULO III

HABÍA un parador en la décima bifurcación de la autopista magnética. Janet lo vio anunciado en su pantalla radial. Instintivamente, observó la clave y pulsó las cifras.

Luego se retrepó en el asiento del vehículo magnético y entornó los ojos. Segundos después, el vehículo se detenía en la rampa y se descorría la puerta.

Salió y se encontró en la terraza del apartamento que la dirección del parador le había asignado el recibir su petición de hospedaje. El vehículo estaría allí, suspendido en la rampa, hasta que decidiera marcharse.

El lugar era bonito. El paisaje montañoso, agreste y salvaje, tonificante. El aire puro, intensamente oxigenado, diáfano.

Entró en el apartamento y observó el tablero de mandos. Tenía cama de dos cuerpos, giratoria; bar individual, restaurante público y privado, pantalla de vista panorámica en 3 D, cromatizada. Baño privado, etcétera. Era un parador de primera clase.

Vio también la guía de la zona. Los caminos principales y secundarios.

Pero al pulsar el botón de la lista de huéspedes, cosa que hizo instintivamente, entre otros nombres, apareció el de Harry Blake.

Janet tuvo un sobresalto. ¿Qué estaba haciendo aquel hombre allí? Y observó que el otro huésped ocupaba un apartamento contiguo al suyo. Se había alojado allí quince minutos antes que ella.

Frunció los labios, vaciló, estuvo a punto de dar media vuelta y regresar al vehículo, pero en aquel instante el zumbido del llamador en la puerta interior la hizo volverse.

Tras vacilar un instante, presionó el pulsador de «puerta».

El mamparo se deslizó en la entrada. Harry Blake, elegantemente vestido, con hopalanda plateada, camisa malva, calada, pantalón ajustado y botas de fieltro, azules, arreglada la bronceada barba, sonriente, apareció ante ella.

—Hola, Janet. Te estaba esperando.

Ella no replicó. Le miró de pies a cabeza y luego se dejó caer en un reclinable.

—Pasa y cierra —dijo.

Harry obedeció. Pulsó un conmutador que había en el marco y la puerta se cerró silenciosamente.

—Bien venida al lago Schiller —añadió él, acercándose y tendiéndole la mano, que ella ignoró—. He llegado poco antes que tú… Es imposible escapar de mí.

—Ahora, sí —replicó la joven—. Todavía soy una novicia… ¿O se dice novata?

—Las palabras no cuentan. Nosotros podemos hablarnos con la mente. Eres una «propicia».

—¿Y tú un criminal?

—No.

—¿Es el otro tú?

—No tengo ningún otro yo. Lo sabes bien.

—Regresa a los ocho mil inocentes a sus mundos, devuélveme a mi condición humana, olvídame del todo, ¡totalmente! Y… Bueno, si nos volviésemos a encontrar, posiblemente, fuésemos amigos.

—Pides un imposible. Ni yo puedo faltar a mi sagrado deber, ni el curso de la historia puede ser cambiado.

—¡Pues vete y déjame en paz! He tratado de denunciarte y no me han creído.

—Lo sé. Es inútil todo lo que hagas. Tu signo es Zeus.

—¡No os acataré! ¡No acudiré al Consejo de los Sabios Mayores! ¡No quiero ser iniciada jamás!

Harry Blake se sentó en una butaca que «materializó» ante ella. Parecía vehemente, al decir:

—Los que conocemos el futuro sabemos que nada puede ser alterado. Tú lo conocerás también. Tendrás que aceptarlo. Hay decisiones que las tomamos voluntariamente. Otras nos son impuestas, como es la propia vida, la muerte, la razón, el signo. Nadie tiene opción

en esos casos.

«Obramos de acuerdo con designios ignorados, casuales, naturales.

—¡Pero yo puedo elegir mi destino!

—Una cosa es tu destino y otra muy distinta tu voluntad caprichosa.

—¿Llamas capricho a repudiar enérgicamente la muerte de ocho mil seres humanos?

—No debí decírtelo.

—¡No debiste hacerlo!

—¡De tu época no elegí a nadie! Fueron seres de otros tiempos, ya lejanos. Ellos no existen.

—¡Pero existieron! Tú los tomaste de su tiempo, los transmutaste, congregándolos allá en Sidérea, en torno a mí. Empiezo a darme cuenta de todo con claridad. Para que yo pudiera ser como tú, los desmaterializaste, absorbiendo de su poder mental el fluido necesario para mi conversión.

—Era necesario hacerlo.

—¡Era un crimen innecesario! ¡Yo no quiero ser un fantasma del futuro!

—Si yo no hubiese hecho lo que hice, los Sabios Mayores, Lem, entre ellos, el hijo de Abseth, me habrían acusado. Si alguna vez un signo Zeus llega a mi escuela, habré de hacer lo mismo.

—¿Y la poseerás, como a mí?

—No, Janet. Eso es distinto. Lo hice porque te amo.

Janet soltó una carcajada estruendosa.

—¿Me amas? ¡Qué disparate! En eso eres como un hombre vulgar. ¿Quién lo diría? Un futuro Sabio Mayor, hijo de Epsafa, enamorado de una funcionaría del Control Cívico de Epiro… ¡Oh, Otos Rham, qué ridículo!

—¡No le veo la gracia! —él pareció molestarse.

—Habrá habido mujeres en los miles de siglos de historia de nuestro mundo… ¿Cuántas calculas tú, Harry u Otos?

—Llámame como quieras. En cuanto a mujeres, sí, muchísimas. Pero entre las más bellas había pocas de signo Zeus y nacidas en viernes. ¿Es que no te das cuenta de que estamos predestinados el uno para el otro? ¿Es que no comprendes que yo también soy signo Zeus, nacido en viernes?

»Ése fue el mensaje de Lem. Iba dirigido a los dos. Por eso te elegí. Mis otras alumnas no conocen Sidérea. No irán allí, si es que aprueban,

hasta después de su muerte. Serán espectros naturales… ¡Tú has de ser del Consejo de Sabios Mayores! ¡Eres una extraordinaria excepción, Janet! ¡Eres única en nuestro planeta!

»Por favor, ya conoces la historia. Los generales sacrifican sus mejores hombres para obtener la victoria. Una guerra no se puede ganar sin pérdidas de hombres.

»Tú eras una mujer corriente, mortal, restringida. Necesitaba ayudarte. Era mi deber ineludible, sagrado. Yo tenía que inyectar poder a tu cerebro y al mío. No es fácil, como debes comprender, transmutarse de este tiempo físico al antimaterial. Y por mucho poder que se tenga, siempre se sufre una gran pérdida energética. Ya lo sabes.

»Si yo hubiese elegido a mis tropas en una época, la historia se habría alterado. No podía hacerlo, ni se hace así.

«Escucha, ya sabes que el ser necesita del ser. Existen seres inferiores y superiores. Es el concurso de todos lo que cuenta. Los soldados son sacrificados por los generales. Unos mueren; otros viven. Así lo exige la supervivencia y el destino de cada uno.

«Yo no me hice a mí mismo. Nací Zeus como otros nacen parisas. Su existencia, aparentemente, no tiene objetivo. Viven para que haya número. No son príncipes todos los que nacen.

«¿Podrás impedir, cuando llegue tu hora, el tener que elegir ocho o diez mil mortales, para extraer el fluido vital de sus cerebros, sabiendo que ellos existen para que tú alcances tu superior destino?

»¿Es que no crees que esos seres se cambiarían gustosamente por ti si conocieran la realidad de nuestra pluralidad?

»Ya estás entrando en la verdad, Janet. Ian Brower no te ha creído. Nadie puede creerte en tu mundo, excepto yo. Si insistes en luchar contra lo imposible, serás internada en un centro psiquiátrico, donde de nada te servirá tu título de funcionaría de Control Cívico.

«Quieras o no, antes de que nacieras, tu destino quedó establecido. Se dio luz verde a la puerta del signo Zeus para la primera mujer terrestre.

«Y eso es un gran acontecimiento. ¿Por qué, si no, establecí mi escuela en el edificio Parque Solar? ¿Crees que yo no sabía que ibas a venir, precisamente cuando lo hiciste, a informar sobre mí? ¿Crees que yo, conociendo el futuro, no sabía que sería necesario llevarte a Sidérea? ¿Crees que esos ocho mil seres no estaban preparados para sucumbir en tu beneficio, millones de siglos antes de nacer? ¿Para qué te crees que nacieron?

»¿Cabe la más mínima posibilidad de error en nuestros cálculos, establecidos con muchos siglos de antelación?

»Sólo después de Dios, nosotros regimos los destinos de todas las razas del mundo, Janet. Él nos otorgó este don. A Él habremos de rendir cuentas en su día. Nosotros hemos hecho a la Humanidad. Nosotros conocemos su destino.

Janet Leary hacía rato que no despegaba los labios, escuchando, al principio como distraída y luego con mayor atención.

Una sensación nueva la iba dominando. Sabía ya que no todo era casual. Lo intuyó desde el principio, pero temió que fuese impresiones suyas equivocadas.

Necesitaba la certeza de la inmensa responsabilidad. No quería caer en la locura de su propia grandeza. Por ello trató de luchar, de oponerse, aun a sabiendas de que todo era inútil.

Había presentido que ningún mortal la creería. Ian Brower no era una excepción. Se encontraba en una situación precaria. Sólo podía confiar en Otos Rham.

Y todo lo que él le decía era cierto.

—Pero… ¿No es posible negarse? ¿Y si yo quiero ser mujer?

Harry Blake sonrió.

—Eso es lo que eres.

—Por tanto, tengo derecho a mi propia vida.

—¿A tu vida humana?

—Sí.

—Es efímera.

—Pero tengo derecho, ¿sí o no?

—Desde luego. Has nacido. Vives. Estás en tu época. ¿Qué más quieres?

—Quiero ser mujer. Luego, cuando haya dejado de existir, cuando haya gozado mi vida hasta la saciedad, apurando la felicidad y la desdicha de todo mortal, si no tengo más remedio, aceptaré mi designio supremo.

—¡Pero si el transcurso de una vida es un soplo! ¡Zas, nacer, vivir y morir!

—Quiero aferrarme a eso. Tú viviste antes, ¿no?

—Si.

—Tu vida real, ¿de qué época es?

Harry Blake sonrió.

—Yo nací en el segundo ciclo histórico de la Tierra… Hace sesenta mil años.

La joven arqueó las cejas.

—¿Cómo era aquella época?

—Parecida a esta… Todas han sido semejantes. En mi época sobrepasamos el progreso actual. Físicamente, ni siquiera éramos así. Había otra atmósfera más densa. Tres mil quinientos milímetros al nivel del suelo. Humedad total. Vivíamos inmersos en gases nobles, pero no nos dábamos cuenta.

»Yo nací en el seno de una familia campesina. Ni siquiera puedo decirte el sitio. Todo ha cambiado. Teníamos un rey llamado Gae. Poseía un inmenso palacio, en el centro de un lago, desde el que se tendían puentes extensibles hacia las orillas.

»De niño, me maravillaba ver aquellas pasarelas doradas que llegaban, hasta la orilla. Mi padre fue varias veces al palacio, a llevar regalos a los chambelanes del Alto Señor. Y mi padre fue quien me contó cómo era Gae. Yo adoraba aquella figura que me describía, de ropajes dorados. Era alto, de casi tres metros y medio, fuerte. Se cubría el rostro con una máscara de cristal.

»Para nuestro pueblo, morir por Gae era algo sublime. En una ocasión, al sufrir una avería la instalación generadora del palacio, los puentes no se pudieron extender. Pero Gae necesitaba salir de caza. Y noventa mil campesinos se sacrificaron; penetraron en el lago y formaron un puente con sus cuerpos triturados por el propio peso.

«Debió de ser un sublime sacrificio. Gae era el soberano y su capricho tenía que ser satisfecho.

«Ahora me parece algo inhumano y bestial. Pero recuerdo que mi padre sufrió una terrible crisis, por no llegar a tiempo para morir bajo los pies de su rey.

—¿Y no hubiese sido más lógico ajusticiar a los técnicos que cometieron la torpeza por la que dejó de funcionar la instalación?

—No existía castigo en mi época. Nadie era responsable de nada, lo único lamentable era no satisfacer el deseo de Gae. Entonces se podía matar, robar, mentir… Porque no existía ley que impusiera castigos.

—¿Y no era obligado acatar el mandato real?

—Obligado, no. Las gentes creían que Gae era dueño y señor de todo. Y le adoraban. Era maravilloso amar a un dios vivo. Y este dios no podía castigar. Aceptaba los regalos, incluso veía con agrado que sus súbditos muriesen por él. Era un elegido.

»Pero no había ley. Ésta se instauró muchísimos siglos después, en otras épocas. En la mía no era necesario. ¿Para qué queríamos la ley? ¿Es que no sabíamos todos que la tierra daba una cosecha cada ciclo lunar? Toda la tierra era un vergel. Los ríos estaban plagados de peces. Los tomábamos y los comíamos, porque eran nuestros.

»Mi padre cultivaba plantas exóticas que cambiaba por objetos electrónicos. Tuvimos un vehículo propulsado por energía atómica, en el que mis hermanos fueron a mundos lejanos y trajeron flores y simientes extraordinarias.

—Debía ser un mundo paradisíaco el tuyo —observó Janet.

—Sí, lo era. Los ciclos posteriores han empeorado a la Humanidad. Ahora, se vive más, pero hay mayor tensión a luchar por la vida se ha hecho desigual, más injusta. Primero vinieron las guerras, después los resentimientos. Más tarde casi se destruyó el mundo y fue preciso rehacer a la Humanidad. En ello intervinimos nosotros. ¿Crees que nuestra misión no es importante?

»En esta época tuya, cualquier dirigente puede ocasionar una hecatombe. ¿Te das cuenta de lo que significaría eso? Un caos planetario una apocalipsis, con repercusiones extragalácticas… ¡Sería espantoso, Janet!

«Imagina que Sagria y Epiro, con ciento diez millones y ochenta y cuatro millones y medio de habitantes, celebran un torneo polideportivo. Imagina que los ánimos se excitan, surgen incidentes. Vosotros, las autoridades del Control Cívico, os dejáis dominar por vuestra región. Los de Sagria creen que habéis sido injustos, o viceversa. Surgen los roces, las rencillas y estalla la lucha. ¿No es posible? Eso ha ocurrido millares de veces.

«Luego, las otras poblaciones gigantescas intervienen. Hay discrepancia en la Cámara Alta. ¿No es posible que alguien pierda la serenidad y estalle una guerra a escala mundial?

»¿Y qué ocurriría? ¿No pueden emplearse métodos desintegrantes de gran poder? ¿No pueden los grandes laboratorios crear armas aniquiladoras? ¿No se podría hacer estallar el núcleo terrestre y desquiciar el sistema planetario?

—Creo que estás exagerando, Harry Blake —dijo Janet.

—¡La Humanidad ha estado muchas veces al borde mismo del caos! Y nosotros hemos conjurado la hecatombe —afirmó él—. Es cierto. En la Antigüedad y ahora. Pero todo lo que acarrea consecuencias universales ha de ser atajado Esa es nuestra misión sagrada… ¡Y ésa

será la tuya!

—Sí. Puede que ése sea mi destino. Pero ahora sólo tengo veintiséis años y deseo vivir mi vida humana. Tengo derecho a gozar y sufrir como individuo de una raza. Pertenezco a este mundo. Tengo corazón y vísceras, mi sangre corre con fuerza por mis venas… ¡Deseo ser mujer!

Blake sonrió

—Dentro de pocos años, un soplo en el conjunto de la eternidad, te sentirás vieja y cansada. Entonces comprenderás que todo es efímero y falaz. Pero vive. Yo volveré a este instante No quiero perderte.

—¿Qué es lo que buscas de mí, este breve espacio humano o la eternidad como Signo Zeus?

Ahora fue Harry Blake quien pareció dudar antes de contestar.

—No lo sé. Te quiero, Janet… ¡Te quiero toda!

—Tú eres de otro mundo. Vas y vienes, utilizando tu selector potencial de tiempos físicos Ya no eres humano.

Él se tocó el rostro y los brazos, preguntando después:

—¿Qué diferencia hay entre yo y cualquier mortal?

—En tu mansión de Lokfor dijiste haberme poseído. Pero yo soy casta. ¿Qué significado tenía?

—Allí todo es antimateria. Fuiste en otra época. No en ésta… Por eso insisto. Mi presencia aquí es física. Estoy sujeto a las mismas pasiones que cualquiera de vosotros. Como Harry Blake, soy un ser humano, aunque mi mente sea esotérica.

—Entonces, Harry prueba a despertar en mí el instinto femenino. Hazme sentir mujer. Ámame. Tómame en tus brazos y demuéstrame que eres capaz de amar a una mujer mortal.

Él se levantó y retrocedió hacia la puerta. Sus ojos estaban entornados y su expresión era triste.

—No. Tú no lo quieres. Pero voy a decirte algo… Dentro de poco vendrá aquí un hombre… Se llama Ebener Suakin y pertenece a la Sección CGT del control Cívico. Está cumpliendo una misión oficial. Es apuesto, viril y fogoso.

«Sacia esos instintos con él… Yo te quiero de otra manera.

Antes de que ella pudiera responder, el extraño personaje abandonó la estancia.

Poco después, Harry Blake abandonaba también el parador. Estaba seguro de haber fracasado totalmente.

CAPÍTULO IV

EBENER SUAKIN aceptaba y tomaba todo aquello que la vida le ofrecía, sin que tuviese importancia alguna el servicio, la responsabilidad o la decencia. Pertenecía al grupo más insidioso y sutil del Control Cívico, para el que había sido adiestrado intensamente.

Tenía treinta años, era alto, no mal parecido y el sentido de la responsabilidad procuraba hallarlo siempre en su compañero de servicio, fuese quien fuese.

En aquella ocasión, Suakin estaba trabajando a las órdenes directas de su propio jefe, Mark Otser. Y esto era mucho mejor aún para él. Si fracasaba su gestión, tanto le daba.

Además, no había comprendido muy bien por qué se vigilaba a una funcionaría de Control Cívico.

En el vehículo utilizado para vigilar a Janet Leary, los dos hombres de la Sección CGT llevaban todo el material necesario para una perfecta vigilancia. Podían, incluso, observar cada movimiento de su perseguida, centrando sobre ella «sondas ultrasónicas», cuyo relieve era una perfecta fotografía filmada.

Podían escuchar sus palabras, seguir sus gestos y hasta leer lo que ella estuviese leyendo. Lo único que no podían hacer era leer sus pensamientos. Pero si fuese necesario, sometiéndola a un «tratamiento» especial, hasta esto era posible.

Y ocurrió que, al llegar al parador próximo al lago Schiller, donde se alojó Janet Leary, Mark Otser, jefe de la misión, estableció contacto con la perseguida.

Mientras Ebener Suakin se entretenía contemplando el paisaje, el otro obtuvo una extraña grabación telefónica, cuyo tema le dejó extrañamente perplejo.

Cuando Harry Blake abandonó la estancia de Janet, el jefe de espías reprodujo la conversación captada, repitiendo algunos párrafos. Después llamó la atención de Suakin.

—Escucha atentamente esto, Ebener—le dijo—. Luego, dime tu opinión.

—Cuidado, Mark. Mi opinión es algo muy personal.

—Tú escucha y atiende al final, donde figura tu nombre.

—¿Mi nombre?

—No sé cómo ese individuo sabe que estamos aquí, pero creo que nos hallamos ante algo que se escapa totalmente a nuestra comprensión… Algo extraordinario.

La grabadora reprodujo exacta y fielmente toda la conversación sostenida entre Harry Blake y Janet Leary, en el apartamento de ésta. Al concluirse la reproducción, Ebener dejó escapar un silbido.

—¡Atiza, Mark; esto es alimento para el alto mando! ¡Jamás he oído cosas más disparatadas!

—Ni yo tampoco. Y, por tanto, vas a hacer lo que aquí te dicen. Yo vuelvo a Epiro. Tengo que hablar con Ian Brower. Tú subirás al apartamento de Janet Leary y…

—Pero… ¿eso que ha dicho el otro?

—¿Te vas a impresionar ante ella?

—No. Pero…

—¡Vamos, Ebener, que nos conocemos! Quiero que no te separes de su lado ni un instante. En cuanto regrese, te llamaré. Ten conectado tu control.

Ebener se alisó el cabello con la mano… Sonrió.

—La muchacha no es fea. Y si me espera… ¿Hago mal, Mark?

—Ninguno. Cumples una orden mía. En marcha. Sube hasta ella. Yo regreso a la base.

Ebener salió del vehículo y se dirigió a la entrada del parador, donde un empleado de uniforme le preguntó amablemente:

—¿Desea alojamiento?

Un distintivo especial, rojo y plateado, puso al empleado a las órdenes de Ebener.

—Vengo a ver a una mujer, compañera de servicio, que se aloja aquí.

—Sí, pase. Le acompañaré al ascensor.

—Gracias.

Ebener cruzó el vestíbulo, sin llamar la atención de los huéspedes que departían allí. Subió al quinto piso y se orientó por la numeración hasta el apartamento de Janet. Allí, se examinó las ropas, comprobando que iba correctamente vestido, y luego llamó al pulsador.

La puerta se descorrió casi en el acto. Dentro, Janet estaba sentada en una butaca, con las piernas cruzadas.

—Hola, Janet. ¿Puedo pasar?

Ella conocía a su visitante. No se sorprendió de verle. En realidad le estaba esperando.

—Pasa, Ebener. ¿Qué te trae por aquí?

Él entró, cerró la puerta y avanzó hacia ella, sonriendo y mirando en torno suyo, como justipreciando el decorado.

—Psch… Casi nada… Me ha dicho Mark Otser que subiera… ¿Conoces a Otser, Janet?

—Sí, le he visto alguna vez. No tengo mucho contacto con los de tu sección. ¿Por qué no te sientas? ¿Quieres tomar algo? ¿Estás vigilándome?

—Pues sí. Es confidencial, ¿sabes? Órdenes de Brower.

—Entiendo. Suceden algunas anomalías conmigo. Nada importante. ¿Habéis estado escuchando la conversación que he sostenido con un individuo aquí, no hace mucho?

—Sí.

Janet sonrió.

—¿Y qué le parece?

—A mí no me parece nada. He oído cosas peores… ¿De dónde ha salido esto? —a su lado, como por arte de magia, surgió una mesita con unos vasos—. ¡Ah, bueno, automatismo electrónico! Pues tomaré un cordial… ¿Qué te decía, Janet? ¡Ah, sí, esa absurda conversación sin pies ni cabeza! Mark ha salido de estampida hacia la base. Quiere que Ian Brower oiga lo que hemos grabado.

—Muy interesante… ¿Has oído lo que dijo Blake, antes de marcharse? —Janet entornaba los ojos, mirando veladamente al otro.

Ebener sonrió.

—Sí… Claro que no lo tomé en serio.

—¿Y por qué no, Ebener? ¿Acaso no te gusto? —preguntó ella, poniéndose en pie y adoptando una actitud insinuante.

El agente sintió que algo se estremecía dentro de él.

—Pues… Bueno… yo…

Janet se acercó a él y le echó los brazos al cuello.

—Estamos solos, Ebener. No es un secreto que te gustan las mujeres. Sé que tuviste un flirt en el Control, con una oficinista, y estuvieron a punto de echarte.

Ebener se había sonrojado. Sin embargo, dejó el vaso y tomó a Janet de la cintura, atrayéndola hacia sí. Ella acercó su rostro, con los labios entreabiertos.

¡Y cuando iban a besarse, un frío e invisible obstáculo se interpuso entre sus rostros, quedando ambos con las facciones aplastadas por una especie de extraño cristal!

—¡Cuernos! —exclamó Ebener, echando la cabeza atrás—. ¿Qué es esto?

—Una broma de Otos Rham — dijo ella, retirándose también y yendo a ocupar de nuevo su asiento, con un mohín gracioso en los labios—. Debí suponerlo. Los hombres dicen una cosa y luego hacen otra.

—Pero… ¿qué ha sido? —preguntó Ebener, tratando de alcanzar el objeto que segó de raíz sus intenciones sentimentales.

—Un pequeño obstáculo magnético. Aparecerá siempre que intentes poner tus manos en mí.

—¡Esto es absurdo, Janet! —Ebener se puso en pie, pero al intentar ir hacia ella, el obstáculo, ahora mayor, se lo impidió—. ¿Qué es esto? ¡No, diablos!

—No te inquietes. Siéntate, por favor. Es inevitable. Será mejor tomarlo con paciencia… Se me ocurre un juego ingenioso. Al parecer, a mi sobrenatural pretendiente le molesta que flirtee con los demás… ¡Va a ser una tarea indigna de un hijo de Epsafa!

—Pero ¿qué estás diciendo, Janet? —preguntó Ebener, confundido.

—No me hagas caso. Vamos a beber, reiremos, nos divertiremos… No corro ningún peligro con semejante ángel guardián. ¡Qué broma más divertida, amigo Ebener Suakin!

Janet se retorcía en su asiento a causa del regocijo. No obstante, pulsar el llamador, riendo, y pedir bebidas y estimulantes, que le fueron servidos electrónicamente.

—¡Bebamos, Ebener, amor imposible! ¡A tu salud!

Él también bebió, contagiado por el optimismo de ella. Sin embargo, siempre que trataba de acercársele, o se sentía succionado hacia atrás por una fuerza extraña, o bien se interponía un campo magnético entre ambos. Y en todas estas ocasiones, la risa de Janet invadía el

apartamento.

* * *

Ian Brower terminó de escuchar la grabación y se volvió a Mark Otser.

—Supongo que no será una broma, ¿verdad?

—No bromeo con estas cosas, señor.

—Bien. Entonces, destruya la cinta, olvide el caso y tráigase inmediatamente a su compañero.

—Pero… ¡Esto es asombroso, señor!

—Usted acaba de decir la palabra. ¿Quiere que se rían de nosotros? ¿Cree a alguien capaz de tragarse esto? ¿Y qué deduce usted de todo ello, si se puede saber?

—No sé qué decirle, señor Brower. Usted nos ordenó seguir a la funcionaría Leary. Lo hicimos. Obtuvimos esto y he creído oportuno venir a informarle.

—Yo no buscaba esto, Otser. Nadie podía esperar algo así.

—Sé que está más allá de mi comprensión. Sin embargo, hay cosas en la conversación que… ¡Son increíbles!

—Exacto ¡increíbles! Y aunque fuesen ciertas, ¿cree que podemos hacer algo? Si informamos a la superioridad alguien puede sentir deseos de hurgar en la mente de Janet. No se obtendrá más de lo que ella misma me contó y que se deduce de lo que usted me trae.

—¿Le contó algo ella?

—Sí, todavía más increíble que esto. Desde luego, usted olvidará lo que sabe. Ebener Suakin lo olvidará también… ¡Y yo no quiero pensar en nada! Ahora, Mark Otser, retírese.

—Sí, señor.

El agente de la Sección CGT salió del despacho de Brower muy preocupado. Le habría gustado conocer lo que sabía Brower. Intuía algo tan extraordinario como imposible.

Sin embargo, estableció contacto por medio de su control personal con Ebener, no sin repetir la llamada varias veces, hasta casi perder la paciencia.

Al fin, su compañero le contestó.

—¿Qué estabas haciendo? ¿Por qué no contestabas a mi llamada?

—Mi control ha funcionado en este momento —replicó, a través del control personal, con voz trémula.

—Está bien. Déjalo todo y regresa, Ebener. Abandonamos el caso.

—¿Eh? Pero aquí ocurren cosas muy extrañas.

—¡Ocurra lo que ocurra, deja a Janet Leary y regresa a la base! Te espero para cenar en el restaurante. Toma el primer vehículo que pase.

—Está bien… ¡Cuando te cuente…!

—No me cuentes nada. ¿Qué tal lo estás pasando con ella? Noto tu voz algo insegura.

—No, sólo hemos hablado… ¡Nada más que hablado!

Mark Otser no quiso seguir escuchando y cerró el control personal. Luego, se dirigió a la calle, donde tomó su auto magnético y se situó en una de las líneas urbanas, para dirigirse hacia la zona comercial de Parque Solar.

Mark Otser sentía curiosidad por saber algo más del asunto que Ian Brower le vedaba de forma tan insólita como inesperada. La información obtenida en un registrador de archivo relacionaba a la funcionaría Janet Leary con el profesor Harry Blake.

Durante el trayecto hasta Parque Solar, Mark realizó otras indagaciones, utilizando el archivo electrónico colocado en su vehículo, que le comunicaba con la central general de documentación del departamento de ordenadores.

Pocos minutos fueron suficiente. Lo que consiguió, no obstante, fue un mayor desconcierto en sus ideas. Casi estuvo a punto de renunciar a sus propósitos. Sin embargo, en el último instante, decidió continuar.

Tal vez pudiera obtener alguna aclaración de Harry Blake.

Subió al piso cuarenta y leyó la placa de la «Escuela de Fantasmas». No sonrió, como hiciera Janet. Empujó la puerta y se encontró con la muchacha del semblante amarillo y los ojos rasgados.

—Buenos días —saludó Mark, sonriendo y fingiendo timidez—. Es usted una sorpresa, ¿eh?

La recepcionista no replicó, limitándose a mirarle fijamente.

—¿Qué puede aprender uno aquí? —insistió Mark, mirando en torno suyo.

—¿No ha leído nuestro anuncio?

—Sí… Bueno, a mí me gusta informarme bien, antes de decidirme.

—Hable con el profesor Blake.

—¿Dónde está?

—Detrás de ese muro. Puede usted pasar.

Mark Otser creyó que se trataba de un cortinaje y trató de descorrerlo, quedándose sorprendido al ver filtrarse su mano. Volvió el

rostro y vio que la recepcionista le estaba mirando.

—Pase. No tema. No le ocurrirá nada.

—Pero…

Se decidió y pasó, hallándose ante lo que creyó la cabeza suspendida en el aire de Harry Blake, dada la negrura de sus ropas y la pintura interior del lugar

Harry se incorporó, mostrando sus manos lívidas y señalando el sillón que brotó del suelo, junto al visitante.

—Puede sentarse, señor Otser.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Sé más cosas de usted que usted de mí.

—¡Hum! Eso me intriga mucho. Si sabe quién soy, sabrá lo que puedo hacer.

—¿Se refiere a que puede clausurar esta escuela?

—A eso aludía —replicó Mark, a la vez que tomaba asiento.

—No le interesa hacerlo. Está usted aquí para saber de mí y de Janet Leary.

—Sí. Por eso estoy.

—Su jefe, el señor Brower, no le ha autorizado a iniciar esta investigación —siguió diciendo Blake—. Por el contrario, le ha ordenado que lo olvide todo.

Mark Otser se movió inquieto en su asiento. Empezaba a darse cuenta de su error.

—A veces —continuó diciendo Harry Blake—, es conveniente no saber ciertas cosas. Lo que usted ha averiguado hoy no le servirá de nada. Sé que usted se propone utilizar todo eso en beneficio propio. Hay personajes en Epiro que darían muchísimo por enterarse de lo que usted sabe.

»Sin embargo, les servirá de bien poco a todos. Esto es otro mundo. ¿Se ha dado cuenta? Está usted sentado en el vacío de los tiempos, como suspendido en la nada.

»Con lenguaje humano, le diré que esto es una pequeña prolongación del Más Allá en La Tierra. ¿Singular, eh? No tiemble, por favor. Cuando se comprende la realidad, no hay que temer nada.

«Usted puede salir de aquí libremente. Incluso puedo olvidar hasta su propio nombre. No me propongo eso. Ha venido a mí, a indagar y yo deseo utilizarle para que me ayude.

«No es conveniente utilizar a muchos no iniciados en mis negocios.

A mayor esfuerzo mental, más probabilidad de error por mi parte, teniendo en cuenta que la pugna está entablada entre Janet Leary y yo… La cual empieza a disponer de mis mismas armas, aunque no esté totalmente iniciada.

—No logro entender. ¡De veras no comprendo! —exclamó Mark.

—Trataré de que lo comprenda. Es sencillo. Quiero a Janet. Eso le ocurre a los humanos, y yo lo soy, aunque de una especie «algo» distinta.

—¿La quiere usted?

—Sí.

—¿Para qué?

Harry Blake sonrió.

—Eso es lo sorprendente. La quiero y no sé por qué ni para qué. Sería más sencillo amar a Lulia, la recepcionista. Pero es una robot androide… ¡No es una mujer, sino una máquina! Nadie soportaría estar ahí a todas horas, recibiendo visitas estúpidas.

»¿Por qué quieren ustedes a sus mujeres?

Mark Otser se encogió de hombros.

—Yo no quiero a ninguna mujer.

—Eso es más extraño aún. Un compañero de usted parece querer a Janet.

—¡Ah, entiendo! —Mark Otser sonrió—. ¿Ebener Suakin? ¡Él es muy vehemente!

—Si le envío una fuerte descarga paralizante, no volverá a sentir deseo carnal de ninguna mujer. Usted le dijo que se fuera de allí. ¿Por qué no lo hace?

—¡Amonestaré a Ebener!

—No lo haga… Parece que ya se dispone a marcharse… Y Janet también… ¿Qué es lo que pretende? ¡No logro entenderla! —Harry Blake, crispado el semblante, se había vuelto hacia el muro, dando la espalda a su visitante—. ¡No lograrás burlarte de mí, Janet!

—¿Qué dice usted? —preguntó Mark, nervioso.

—¡Váyase! ¡Tengo que irme!

—Pero…

Mark Otser no supo jamás cómo había abandonado la oscura estancia donde se encontraba con Blake. De pronto, se vio junto a su auto magnético, en plena calle. La gente pasaba por su lado y le miraba.

¡Debía tener una expresión muy estúpida!

CAPÍTULO V

FRANZ GARVER era un auténtico brujo del siglo XXIII, que vivía en un inmenso edificio abandonado, antiguo hospital y balneario, en un solitario paraje de los Alpes.

La sociedad había olvidado enteramente a Garver, y éste parecía haber olvidado a la sociedad. Llevaba años en su refugio, no tratando de hallar la piedra filosofal, porque estaba seguro de poseerla ya por procedimientos atómicos, sino inmerso en investigaciones más profundas.

Saint Bernard, como se llamaba el hospital había sido abandonado ciento diez años atrás. Una reestructuración burocrática le eliminó. Su plantilla sanitaria fue trasladada, los enfermos conducidos a otros lugares más modernos, y, durante más de un siglo, casi nadie acertó a pasar por allí.

Franz Garver, empero, había buscado un sitio como aquél. Indagando, lo encontró, y fue allí a establecerse.

El laboratorio estaba casi intacto. Era enorme y se hallaba en la planta baja del edificio. Los otros cuatro pisos estaban desiertos. Los lechos de los antiguos enfermos todavía permanecían intactos. Los salones tenían algo de polvo, pero Garver habilitó aquello adecuadamente y pronto se encontró allí como en su casa, aunque hacía la vida casi exclusivamente en el laboratorio.

De vez en cuando, Franz Garver iba a Epiro con su aeróstato y regresaba a los pocos días con materiales e instrumentos, con los que aumentaba sus recursos en el laboratorio.

Se había proporcionado libros y sustancias. Hacía experimentos y anotaba los resultados en su diario, donde las fórmulas químicas se iban acumulando día a día de forma sorprendente. Había compuesto y

descompuesto la materia y la energía; estableció cálculos misteriores que vinculaban de modo directo el magnetismo mineral con el desarrollo animal y biológico. Creó un rudimentario cerebro artificial, que conservaba en un fluido de su creación y al que alimentaba con una sustancia parecida a la hemoglobina. Garver estaba seguro de que su cerebro llegaría a desarrollarse.

De aquel modo, siempre absorto en sus extraños experimentos, Franz Garver iba pasando los años en su refugio del antiguo hospital de Saint Bernard, ajeno a todo, excepto a su moderna alquimia.

Pero un día, cuando se hallaba más enfrascado en sus análisis, tuvo un sobresalto, al oír una voz femenina a su espalda.

Se volvió, creyendo haber soñado y, para su inmenso asombro, vio a una mujer joven y rubia, de esbelta figura y rostro ovalado, sentada en una de las viejas sidas metálicas.

—¿Eh…? ¿Cómo ha venido usted? ¿Quién es? ¿Por dónde ha entrado?

Janet Leary sonrió, haciendo un gesto vago.

—Estaba usted demasiado absorto, doctor Garver, y no me ha oído entrar. He supuesto que su trabajo sería muy interesante, y no quise molestarle. ¿Qué está haciendo?

—¿Yo? ¡Pues…! Nada… nada.

—Disculpe, doctor Garver. Mi nombre es Janet Leary. Soy funcionaría del Control Cívico de Epiro.

—¡No! ¡Yo no hago daño a nadie! ¡Este lugar estaba abandonado! ¡Mis ensayos no perjudican a…!

—No he venido a informar de usted. Tranquilícese. Estoy aquí porque me interesan sus trabajos.

—Nadie sabe que yo estaba aquí.

—Nadie, sí; excepto yo. Ha sido preciso dar un gran rodeo para venir aquí, doctor Garver. Sé de individuos que me andan buscando en mundos que ninguna relación tienen con éste —Janet sonrió y se levantó, para acercarse al atribulado químico—. Se sorprendería usted de las cosas que sé de usted. Por ejemplo —Janet fue hacia una de las estanterías metálicas—, sé que ha fabricado usted algo parecido a un cerebro humano… ¡Ha creado por medios artificiales algo que sólo puede ser hecho por medios naturales!

Franz Garver palideció.

—Yo no… Escuche, señorita; se equivoca usted.

—No tiene por qué mentirme, doctor Garver. Le he estudiado a

usted muy bien. Incluso he examinado sus trabajos. Este cerebro es incompleto. No le servirá de nada. Y, sin embargo, ésta es la solución que yo buscaba —Janet señaló el extraño frasco donde estaba el palpitante objeto, sumergido en una solución alcalina—. Ha cometido muchos errores y el principal estriba en las sales.

—No la comprendo. ¿Qué quiere usted decir? ¡Ese cerebro se desarrollará, pues contiene todos los ingredientes de un cerebro natural!

—No, lo siento. Eso no es verdad. No se desarrollará, ni será capaz de pensar… ¡Y mucho menos de transmitir sus pensamientos, porque es un cerebro incompleto!

—¿Con qué autoridad dice usted eso? —pareció ofenderse el solitario alquimista moderno.

—La de que mis conocimientos actuales son superiores a los suyos, doctor Garver. Mas no importa. La idea es buena y fantástica. No ha sido usted el primero en tratar de «fabricar» un ser humano. El cerebro es lo más importante, sin duda. En el cerebro está el impulso motor de los seres vivientes, el fluido vital de la eternidad. Y usted ha logrado algo extraordinario, aunque no completo.

Janet se acercó a Garver y le tomó del brazo.

—Usted me ha facilitado la clave. Necesito hacer muchos cerebros como el suyo. Quiero una instalación adecuada para que todos los cerebros estén en comunicación unos con otros. Se trata de fabricar recipientes análogos a éste y situarlos uno a continuación de otros, conectados entre sí por medio de tubos de cristal.

»Se pueden fabricar diez mil, cien mil… ¡un millón de cerebros iguales!

—¿Está usted en su sano juicio, señorita Leary?

—No estoy muy segura. Ni siquiera usted sabe si es normal o no. Pero de algo estoy cierta. Si logramos fabricar un gran número de cerebros como el suyo, ¡yo le daré la fórmula para que sean exactamente como los del ser humano!

—¡Jamás he oído disparate más grande! ¿Para qué queremos tantos cerebros?

—Para algo que usted no lograría comprender jamás, doctor Garver. Y no trate de saber más. Tiene usted que ayudarme. Hemos de fabricar un millón de cerebros humanos.

Franz Garver estuvo a punto de caer de espaldas.

—Gasté más de sesenta mil créditos en crear ese cerebro. ¿Sabe usted lo que me pide?

—No se preocupe por el dinero. Puedo darle todo el que necesite. Millones y millones. Este hospital es un lugar idóneo para el experimento. Tanto el laboratorio como las salas superiores se hallan en buen estado. Es posible traer un equipo de obreros, materiales en abundancia, máquinas y todo cuanto haga falta. El Banco General de Epiro está a su servicio. Contrataremos técnicos, gente fiel a la que pagaremos bien, para que vengan a vivir a estas montañas.

—Pero… ¡Eso es imposible!

* * *

—¿Imposible, doctor Garver? —preguntó Janet, sonriendo—. ¿No dijo usted que era imposible? Mire a su alrededor. Fabricamos mil doscientos cerebros diarios.

—Embriones de cerebros, señorita Leary —contestó Garver, sonriendo también.

Se encontraban en un pasillo, con paredes de cristal, al otro lado de las cuales se alineaban las estanterías y las instalaciones de comunicación múltiple.

En cada departamento, un técnico, vestido de blanco de pies a cabeza, vigilaba atentamente cada frasco, utilizando una especie de detector electrónico para anotar luego en una tablilla sus observaciones. De vez en cuando, alguno de los frascos era retirado, tomando ciertas precauciones, y sustituido por otro, de las estanterías de reserva.

Entre los «cerebros artificiales» también se producían defunciones naturales. Un ligero descuido, una leve anomalía de fabricación y escasez de fluido vital en el desarrollo, y el cerebro tenía que ser retirado o contaminaría a los otros en su descomposición.

—¡Ya tenemos cinco millones! —añadió Janet.

—Exactamente. Uno en desarrollo y cuatro en reserva. No tendrá usted queja. Nos sale a dos créditos, coma doce por unidad, incluyendo personal técnico, instalación y maquinaria.

—A usted le costó el suyo, y era imperfecto, más de sesenta mil créditos —recordó Janet.

—Sí, es cierto. Claro que hemos producido con medios industriales. Sin embargo, tanto los técnicos como yo continuamos intrigados. ¿No es posible saber para qué quiere usted todo esto? Tres años trabajando aquí y transformando el viejo hospital en una fábrica de cerebros, creo que nos da derecho a conocer el destino que dará usted a todo esto.

Janet se detuvo en su paseo y se volvió a mirar a Garver. Su rostro estaba muy serio.

—Hicimos un pacto, Franz. Nada de preguntas. Dentro de poco, nuestros frascos podrán alimentarse solos. No los necesitaré a ustedes y podrán irse. Tiene usted el mejor laboratorio que nadie pudiera soñar. Tiene créditos en abundancia, para trabajar el resto de su vida. Los técnicos volverán a Epiro y serán ricos. Yo he cumplido mi palabra.

»¿Por qué insiste, pues, en querer conocer el destino de esta gran obra? Sólo puedo decirle que con esto hago un pequeño favor a la Humanidad… ¡Salvaré cinco millones de vidas humanas!

—Entonces, Jervie tiene razón —dijo Garver—. Usted quiere tener un banco de cerebros, para utilizarlos en trasplantes. Esto es una especie de reserva orgánica, para ser utilizada en algún momento en beneficio de damnificados por accidentes cerebrales.

Janet sacudió la cabeza.

—No, lo siento, Garver. Usted sabe que nuestros cerebros no piensan. Sólo poseen capacidad física para pensar. Lo que yo necesitaré algún día será el fluido vital diluido en ese primer millón de cerebros que tenemos en formación.

»No pensarán jamás. No son humanos. Y por eso salvarán un millón, en principio, de vidas humanas.

Franz Garver continuó tan perplejo como antes. Pero su sorpresa aumentó, al dejar a Janet en el despacho principal de la instalación industrial, y recordar a los pocos segundos que necesitaba una firma para obtener más dinero.

Volvió a entrar en el despacho… ¡Y Janet ya no estaba allí!

Por vez primera, Franz Garver tuvo la sensación de haber sido burlado por alguien que, posiblemente, no pertenecía a este mundo. Y sintió miedo, un miedo pánico, sobrecogedor y angustioso.

* * *

Janet Leary había llevado una existencia normal durante todo aquel tiempo. Normal a los ojos de los demás. Diariamente acudía al Control Cívico, donde desempeñaba sus funciones.

Con frecuencia, su trabajo la obligaba a cambiar impresiones con Ian Brower, con el que jamás volvió a conversar sobre el informe hecho en la «Escuela de Fantasmas» del profesor Harry Blake. Parecía como si su jefe no quisiera saber nada de aquello, aunque nada más lejos de la realidad.

La verdad era que, a medida que transcurría tiempo, en la mente de Brower se habían formado muchísimas conjeturas acerca de lo que pudo haber ocurrido a Janet.

Mas nunca, ni por error, sacó a colación el caso, ni mencionó siquiera el nombre de Blake.

Mark Otser también vio y habló con Janet. Y, ¿cómo no?, su compañero Ebener Suakin. Éste buscó a Janet con frecuencia, la invitó a salir con él, sin éxito, y hasta en una ocasión trató de abrazarla en la oficina de ella.

Ningún medio extraño se interpuso en tal ocasión Fue Janet la que contuvo al apasionado agente.

—Lo siento, Ebener. Esto es la base del Control Cívico. No estamos en el lago Schiller. Si no quieres que dé cuenta de tu reprobable conducta, vete y no vuelvas a intentar nada semejante.

—¡Oye, nena; fuiste tú la que…! —empezó a gritar él.

Sin moverse de su asiento, Janet le miró con una extraña fijeza. Ebener sintió como si se nublase su mente. Tuvo una sensación de vértigo y, por un instante, la visión se le borró. Fue sólo una sensación pasajera.

Y al salir de esta ofuscación se vio ante Janet, a la que miró como si no conociera.

—Perdón, señorita Leary… No sé qué hago aquí… Creo que me he confundido de despacho. Buscaba al señor Brower.

—El jefe Brower está en la puerta siguiente —dijo Janet.

Ebener salió, confundido. Desde entonces, jamás volvió a dirigir la palabra a la funcionaría.

Otro de los confundidos era Mark Otser. Pero a éste no se le habían borrado todos los recuerdos. Le ocurría, sin embargo, que no era capaz de comprender nada de lo que sabía. En su mente, todo lo que vio y oyó era irreal, insólito, carecía de sentido. Tratar, por otra parte, de hallar una explicación racional era absurdo. No había explicación.

Sin embargo, un día llamó a la puerta del despacho de Janet y pidió permiso para entrar. Ella se lo concedió y él entró y se sentó. Ingirió una píldora sedante.

—Señorita Leary, no quiero ocasionarle ningún trastorno, pero… He meditado mucho acerca de lo que ocurrió en el parador del lago Shiller… Por favor, ¿qué explicación puede usted darme?

Sonriendo, Janet contestó:

—Lo siento, Mark. No puedo darle ninguna.

—¿Ninguna? Soy agente de la Sección CGT. Sé que nuestros aparatos no funcionaron mal… Yo oí cosas sorprendentes, aunque Ebener Suakin no las recuerde ya. Y le diré más: fui a ver a Harry Blake

al edificio Parque Solar… ¡Y me dijo cosas que…!

Janet inclinó el busto hacia adelante, mirando fijamente a Mark.

—¿Cuánto tiempo hace de aquello?

—Un año y medio, poco más o menos.

—¿Ha vuelto usted por allí?

—No… No me he atrevido. Siempre que pienso en ello, he creído comprender que tanto en usted como en aquel hombre había algo… ¡Algo sobrenatural!

—Eso es estúpido, Mark. Sólo tiene usted que pedir mi historial. Nací hace veintiocho años, aquí, en Epiro. Estudié en escuelas oficiales, obtuve buenas notas, estuve enferma, fui operada y… ¿Qué más?

«Vengo aquí todos los días. Éste es mi trabajo. Investigación e informes. Si me pincho un dedo, me sale sangre, y estoy soltera, aunque no me faltan pretendientes que tal vez busquen mi sueldo. ¿Qué hay de sobrenatural en todo eso?

—¿No fue real lo que sucedió? —preguntó Mark.

—A veces, las sensaciones nos engañan, Mark. Soy una mujer libre. Yo estaba allí tratando de descansar unos días. El jefe Brower me recomendó el lago Schiller. En el supuesto que Harry Blake y yo estuviésemos citados secretamente, su vida y la mía sólo nos pertenecen a nosotros.

—Sí, desde luego. Pero lo que dijeron…

—Podemos decir lo que se nos antoje. No olvide que existen fenómenos parapsicológicos que no comprendemos. Hay estados metafísicos complejos que escapan a nuestra inteligencia.

»Y si va usted por Parque Solar, verá que Lulia y Blake ya no están allí. El piso cuarenta está ocupado por una oficina comercial.

—¿De veras?

—Eso es fácil averiguarlo.

—¿Y Harry Blake?

Janet se encogió de hombros.

—Sí, como decía, era un auténtico espectro del futuro ha podido volver a su tiempo —y como hablando consigo misma, Janet añadió—: Eso quisiera saber yo.

—¿Supone que Harry Blake no pertenecía a nuestro mundo? —inquirió Mark Otser, impávido.

—¿Qué otra cosa suponer?

—Él parecía tratarla a usted como… ¿Cómo diría yo?… De igual a

igual. Al menos, esa sensación me produjo. Parecía tener mucho interés por usted.

»¡Eso quisiera yo! —se dijo Janet, con tristeza—. ¿Dónde estás, Otos Rham? ¿Por qué no vuelves y me hablas? ¿Es que ya no me deseas?»

—Escuche, Mark —dijo en voz alta—. ¿Comprende usted que un fantasma pueda tener interés por una mujer de carne y hueso?

—No, no lo comprendo.

—Pues esa impresión tuve yo. En mi cerebro se produjo un caos. No sé si obré acertadamente o no. Pero estoy muy confusa desde entonces. Desde luego, no puede ser cierto lo que ocurrió. A medida que pasa el tiempo, más me convenzo de que fue imposible… ¡Harry Blake no existió!

—Yo le vi —afirmó Mark Otser.

—Debió ser una figuración colectiva. Trate usted de olvidarle, como hago yo.

—Sí, creo que es mejor.

Mark Otser se despidió.

Sin embargo, al cumplirse los tres años de aquellos acontecimientos, Harry Blake apareció de nuevo, sin barba, vestido con elegancia, al estilo de la época, y pidió, en la recepción del Control Cívico, hablar con la funcionaría Leary.

Los circuitos de comunicaciones funcionaron y Janet recibió la imagen del individuo que deseaba verla. El corazón le dio un vuelco al reconocer a Harry, pese a la ausencia de barba.

—Háganle pasar —dispuso.

Harry Blake dio el nombre de Manny Moranty. Sin embargo, cuando estuvo en presencia de la funcionaría, dijo:

—Hola, amor mío. ¿Te acuerdas de Otos Rham?

—Sí, Otos… ¿Cómo iba a olvidarte? ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿A qué vienes?

—He estado en otras dimensiones… Muy ocupado en esos remotos mundos. Y vengo a conducirte a Sidérea… El Consejo de Sabios Mayores va a reunirse para tu iniciación. Ha llegado tu gran hora, Janet. Pronto serás una auténtica hija de Epsafa… ¡La primera metafísica femenina de este planeta!

CAPÍTULO VI

JANET supo cómo actuaba Otos Rham para conducir a un ser físicamente material al mundo extraordinario de la antimateria. Un poder sobrenatural, llamado «parastesia» actuaba sobre todos y cada uno de los átomos de las células, entre los que se producía la disociación.

El tránsito era instantáneo. Janet Leary, por medio de la «parastesia», pasaba instantáneamente a otra dimensión, pero su cuerpo humano, su ser físico, tridimensional, real y tangible, quedaba allí, en la oficina, hablando con Manny Moranty.

¡La Janet Leary, hija de Epsafa, la «Propicia», era «parastesiada» a Sidérea, en compañía de Otos Rham!

En esta segunda ocasión, Otos no la condujo a su mansión de Lokfor, sino a un inmenso palacio enteramente metálico, rodeado de una dilatada pradera, con setas de algo parecido a vidrio.

Allí se encontró Janet, en su nuevo estado inmaterial, pero corpórea. Ya no le produjo ninguna sensación extraña. Ni le asombró ver hombres y mujeres, charlando y paseando, aislados o en grupos, ataviados todos con las vestimentas más heterogéneas. Allí pudo contemplar Janet la historia del vestido, desde tiempos inmemoriales, aunque vio ropas que jamás había conocido la historia.

—¿Quiénes son? —preguntó, volviéndose a Otos, que estaba a su lado, con aspecto grave.

—Los Sabios Mayores.

—¿Cuántos son?

—Muchos miles. Hoy, sin embargo, sólo se reunirán dos mil.

—¿Y todos son de nuestro mundo?

—Sí. Por eso son sólo dos mil. Tú vienes de la Tierra… Observarás, aunque no los conozcas, figuras relevantes de la historia… Allí tienes «fantasmas» famosos… Séneca, Cicerón, Aristóteles, Escipión, Artaba… ¡Ah, Alejandro y Julio César!… Allí, meditabundo, se encuentra Alfonso X El Sabio… Y Pascal, hablando con Descartes y Spinoza… ¡Mira, aquél es Buda!… Ahora vienen los físicos más notables de tolos los tiempos… Argas Kal… Faraday y Volta… «Madame» Curie, que habla con un físico cien mil años anterior a ella, llamado Treok… Albert Einstein, Leonardo de Vinci, Van Gogh y Oppenheimer… Allí tienes a Goethe, hablando en alemán con Cervantes… ¡Observa que el autor de «El Quijote» no es manco aquí!

Janet estaba estupefacta, contemplando aquella galería de seres vivos, salidos de las más gloriosas páginas de la historia de la Tierra.

Otos Rham continuó diciendo:

—Todos son Sabios Mayores… Te he mencionado los que la historia ha hecho famosos. Pero hay otros que hicieron más por la Humanidad… Por ejemplo, allí, sentado en aquel banco de piedra roja, está Vask, emperador de Atlanta, en su más glorioso esplendor. La historia de ese genial político no llegó hasta vosotros. Soló aquí se conoce su historia. Hizo más que Lincoln o Washington por su pueblo.

»Y el general Buri, que capitaneó el mayor ejército de todos los tiempos, muerto en el sitio de Cuichtocoatlz, doscientos mil años antes de vuestra época.

—¿El general Buri? —se extrañó Janet, mirando hacia el individuo indicado.

—Dirigió la Guerra de los Saarkis. A sus órdenes lucharon noventa millones de infantes. Su enemigo fue el general Okgo, de S’xin, que tenía a sus órdenes doscientos diez millones de guerreros. El mundo no era entonces como ahora, ni se parecía en nada. Eligieron la llanura de Gurj-la. El choque fue apocalíptico.

—¡Cielo santo, casi trescientos millones de combatientes!

—Cuando quieras preguntar al general Buri cuál fue su estrategia, te lo narrará con sumo gusto. Le encanta que ciclos históricos posteriores conozcan su gesta. En realidad, él eligió el terreno para la lucha, y sus zanjas sirvieron de tumba a sus enemigos.

—Tú no habías nacido aún entonces, ¿verdad?

—No. Nací ciento cuarenta mil años después. Mi mundo tampoco fue el de Buri y los Saarkis. Por eso he escuchado a Buri en muchas ocasiones. Si le dejas, es capaz de repetirte los nombres de todos los

jefes de sus regimientos.

—¡No, por Dios! ¡Sería interminable!

Otos Rham sonrió.

—Sí, lo es. Vamos hacia la sala de consejos. Pronto se reunirán todos allí. Hay que preparar tu atavío.

—No veo muchas mujeres — observó Janet.

—Están dentro. Hay más de trescientas, y muy famosas… «Madame» Curie está allá… Veras también a la reina Victoria de Inglaterra, a Cleopatra, a Mary Roosvelt, a Lucrecia Borgia, a Gala Placidia, a Teresa de Ávila, a Juana de Arco, a Edna Farber, Indira Gandhi, etc…

«También hay de otras épocas, como la famosa sacerdotisa Udula, de Maarsi, que fue reina de Arbestan… Y mujeres insignificantes en la historia…

—¿Como yo? — preguntó Janet.

—Tú no conoces tu historia aún. Yo te la podría relatar, porque he vivido tu futuro, día por día.

—¿Sabes lo que va a ser de mí?

—Cualquiera de nosotros lo sabe. Pero nos está prohibido decírtelo. Tu vida, te repito, será efímera. Cuarenta o sesenta años, ¿qué son?

«Desde luego, estás destinada a grandes hechos. No podía ser menos. Nuestro tiempo es eterno. Tus conocimientos son grandiosos, y tu signo es una prueba irrefutable de grandeza. ¿Recuerdas a Lem? Ahí le tienes.

Janet vio acercarse a un hombre ataviado con una especie de clámide rosada, sobre un atuendo de guerrero. El hombre sonreía, con su mano tendida hacia ella.

—¡Janet Leary! —exclamó Lem, con admiración—. Estoy muy contento de verte.

—¡Lem, hijo de Abseth, rey de Ondmer! —replicó Janet, estrechando la mano del otro— ¿Cómo estás?

—Hoy es tu gran día. Me apresuré a venir a ver tu unción. Todos los Sabios Mayores de la Tierra están aquí.

—¡Pero tú no eres de la Tierra, Lem!

—Vosotros nos dominasteis… Bueno, nos dominaréis, dentro de algunos siglos. ¿Qué importa eso?

—Trata de no confundir a Janet, Lem. Di que eres su testigo secreto y no perdamos el tiempo. Tú leíste su destino. Por eso estás aquí. ¿Habéis hallado algún inconveniente para su admisión?

—Ninguno, Otos. Es una signo Zeus perfecta.

—Vayamos, pues.

* * *

Janet, ataviada con velos transparentes, avanzó por el pasillo de luz rosada, siguiendo a las introductoras, que vestían clámides anaranjadas y refulgentes. Detrás seguían mujeres notables, con altos peinados. Todas se habían maquillado de un modo singular, deformando sus facciones Todas eran jóvenes, de la edad de Janet

Cualquiera de aquellas hijas de Epfasa podía adoptar la edad que, en su existencia terrena, se sintiera más feliz. La juventud era la época más añorada en la mujer.

En cambio, los hombres que se sentaban en el inmenso anfiteatro circular aparentaban las más distintas edades. Sus espíritus eran jóvenes, pero sus aspectos correspondían al mayor esplendor de su existencia. Y vestían de acuerdo con su época.

La aparición de la comitiva fue acogida con un gran silencio.

Janet y sus acompañantes fueron a situarse en el centro del anfiteatro, sobre una plataforma de cristal verde escalonado. La iniciada se situó en medio de las demás. Éstas se volvieron de cara al auditorio y alzaron los brazos.

—¡Oh, Sabios Mayores de la Tierra, nuestro mundo amado! —exclamaron las introductoras— ¡Ésta es Janet Leary, cuyo designio supremo todos conocéis!

—¡Sea bien venida! —exclamaron casi dos mil voces, al unísono

Al instante, la luz que iluminaba el anfiteatro empezó a difuminarse, y sólo de la plataforma de cristal verde surgió una luminiscencia etérea, que iluminaba el cuerpo, al parecer desnudo y virginal de Janet.

Janet se sintió pudorosamente avergonzada, al notar las miradas de tantos hombres ilustres sobre su cuerpo. Pero mantuvo el rostro en alto, tratando de ver, entre las sombras, los semblantes ocultos de los Sabios Mayores.

Sabía que, uno a uno, los rostros de sus testigos se iluminarían. Y palabras de cariño y bienvenida llegarían hasta ella. Otos Rham sería el primero en hablar, por ser su presentador. Lo que él dijese serviría de principio a la Iniciación Inmortal de los hijos de Epfasa.

Y, efectivamente, en la primera fila, a menos de seis metros de donde estaba Janet, las facciones de Otos Rham se iluminaron súbitamente, como si brotase en ellas una luz interior.

—Ésta es Janet Leary, signo Zeus, nacida en viernes, una «Propicia» de la Región Hiperbórea. Por lo que tiene derecho a un gran destino. Yo

la inicié, yo la hallé, yo os la presento. Ahí está… ¡Es nuestra hermana más querida!

—¡Ooooh! —se oyó decir en las sombras a los Sabios Mayores, en tono nada admirativo, como si repitieran todos un ritual.

—Es una mujer sencilla, funcionario del Control Cívico de Epiro. Vino a mí oficialmente. Yo la descubrí y la traje a Sidérea antes de tiempo. No infringí las reglas, porque la quiero y la deseo. Es lícito, aunque me esté prohibido vivir su vida terrenal. La quiero en la eternidad.

Otro semblante se iluminó. Un filósofo del siglo XVII, de la Era Cristiana, hizo una pregunta:

—¿Te quiere ella, Otos Rham?

—No lo sé.

—¿Quieres a Otos Rham, Janet Leary? — preguntó el filósofo.

La joven iniciada se volvió al que le había preguntado.

—No lo sé, sir Henry. Hay una gran confusión en mi alma.

—¡Tu alma no pertenece a este reino, Janet! —replicó el otro— ¿Cuál es tu confusión?

—Conocí a Otos Rham como Harry Blake. Creo desear a este último como mujer y no saber lo que deseo después de ser mujer.

—Harry Blake existe —dijo Otos Rham—. Yo le sustituí en Epiro, para crear la «Escuela». Y debo añadir, como sabéis, que Harry Blake está en el destino de Janet.

Ella miró al hombre que hablaba. Era Harry Blake y era Manny Moranty… ¡Pero también era Otos Rham!

—Sí, conocemos su destino. Nos ha sido revelado al acudir aquí. Es una gran metafísica, cuya iniciación nos honra a todos. Su signo es deslumbrante. Pero tememos que Otos Rham se haya precipitado al elegirla.

—No —contestó Otos—. Es legal. La quiero, la tuve en mis brazos, fui feliz… ¡Nadie puede arrebatármela ya!

—Nuestro amor es empírico, Otos Rham.

—Pero no imposible. Ella puede aceptarte o no, después de su vida terrena. Ahora, ya lo sabes. Quiere a Harry Blake. Y así está en su destino.

—¡Pero Harry Blake soy yo! ¡Ella no puede querer al otro, cuyas facciones no conoce! El ser a que nos referimos es un hombre vulgar. Ella no quiere a ése.

Janet se llevó las manos al rostro, desconcertada. En las sombras, una voz de mujer le susurró:

—Pide consejo.

—¡Por favor, dejadme! ¡Quiero pedir consejo! —gritó Janet.

Los rostros de Otos Rham y el filósofo desaparecieron. Se hizo la oscuridad total.

—¿De quién quieres el consejo, Janet Leary? ¡Pronuncia un nombre de tu historia!

—Quiero el consejo de Confucio.

El rostro del elegido se iluminó. Las facciones bondadosas y orientales de Confucio se distendieron en una sonrisa.

—Habla, Janet. Nadie puede oírte ahora, excepto yo. ¿Qué es lo que te atormenta?

—¿Sabéis aquí que estoy creando fluido vital para que jamás tengamos que sacrificar vidas humanas en las transmutaciones de tiempos físicos?

—Sí, pequeña. Conocemos tu pasado y tu porvenir. Eso te enaltece mucho y habla de tu bondad. Sabemos por qué lo has hecho, y te facilitamos los medios. Tú sola no habrías podido conseguir el dinero necesario para transformar el hospital de Saint Bernard.

—¿Sabéis lo que ocurrirá en mi vida?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué me hacéis elegir al hombre que amaré?

—Hay dos personas en ti. Una mortal y terrestre, y otra inmortal. Otos Rham te reclama para la eternidad. Y tú quieres a Harry Blake para tu vida mortal. Pero el amor es aparente, pequeña. Debes saberlo. Tu destino está elegido desde el Inmutable Principio, aunque a veces no sabemos cómo interpretarlo.

»A nadie daña o molesta que Otos Rham te ame. Es libre. Tú eres una gran figura de la historia… Bueno, lo has de ser a partir de ahora. Lo sabes y lo ignoras, porque sólo a ti está vedado tu futuro humano. Y si alguno de nosotros quisiera decírtelo, sus palabras quedarían ahogadas antes de alcanzar tu cerebro.

»Me has pedido consejo. Yo te lo doy. Cuando vuelvas a tu mundo, cumple tu destino. Esa será tu vida. Harry Blake se presentará a ti. No te importe quién sea. Un nombre se cambia, un corazón también… La mente no se puede cambiar. ¿Me has comprendido?

—¿Será el mismo que…?

—¿Que Otos Rham? ¡Ah, hijita, eso no importa! Lo que sea del Más

Allá no pertenece a la Tierra, ni la tercera dimensión puede compararse a las otras. Tu destino será glorioso siempre, no te importe donde esté. Acepta a Otos y dile que él decida. Después de todo, la mujer eres tú… ¡Ah, este Otos Rham debió encarnar a Marte en la Antigüedad! Es brillante.

Janet sonrió.

—Gracias, Confucio. Creo haberte comprendido. Aceptaré a Otos Rham.

* * *

Janet despertó en brazos de Otos, en el mismo salón de la mansión de Lokfor, donde ya estuviese antes. Ahora, él la estaba besando tiernamente en los labios y musitaba palabras emocionadas.

—Otos…

—¡Corazón! —exclamó él, apretándola contra su pecho—. Me parece increíble, pese a conocer tu destino.

—Si lo sabías, ¿de qué te sorprendes?

—¡Porque el amor siempre es una fuente de renovación inagotable! ¡Te quiero! ¿Imaginas nuestra dicha, amándonos eternamente?

—¿No será muy aburrido?

—No… ¡Todo lo contrario, amor! Eso será la apoteosis… ¡Ya lo verás! —había un destello malicioso en los ojos de él—. Tu futuro está ligado a tu eternidad.

—¿Voy a ser muy famosa?

—Mucho.

—¿Más que Catalina de Rusia?

—¡Muchísimo más, y bastante picara también, como aquella dama regia!

—¡Me asustas, Otos! —exclamó Janet, muy seria.

—Tu tiempo no es el de ella. Además, Catalina tuvo muchos amantes. Tú sólo tendrás uno.

—¿Tú?

—¿Crees que dejaría que tuvieras otros? ¡Claro que a ti te parecerán muchos!

—¡Oh, amor mío; eres adorable!

Janet sabía que, a partir de entonces, la casa de Lokfor sería también suya. Otos Rham la había construido para los dos. Y en los recodos de sus múltiples rincones, miles de sorpresas maravillosas la aguardarían siempre.

Al sentarse ante la mesa, para comer, Otos dijo:

—Debo ayudarte a preparar tu destino.

—¿Sí? No recuerdo nada de la ceremonia.

—Es lógico. Estabas nerviosa. Además, eres muy bonita y todos te miraban. Julio César se interesó por ti.

—¿Julio César? —preguntó Janet, sorprendida—. ¿No está Cleopatra aquí?

—Sí, pero están disgustados. Ya sabes cómo es ella. Con frecuencia se va a Egipto, con Marco Antonio. Es una mujer que vive en el pasado frecuentemente.

—¡Oh, eso es horrible! ¿Y qué quería César de mí?

—Me preguntó si podía invitarte a su palacio de Sfar.

—¿Y tú qué le contestaste?

—Que no.

—Bien hecho. No me gustan los hombres calvos.

—Es sólo apariencia, Janet. Aquí puedes cambiar de aspecto siempre que quieras.

—¿Y debo volver a la Tierra?

—¡Por Dios, Janet; si estás allí! Jamás has venido aquí en estado físico.

—¡Yo me siento, me veo, me sonrojo!

—Son estados antisensoriales, de mujer inmortal… ¡Eres una hija de Epsafa, una Metafísica! Estás en Epiro, has creado un millón de cerebros, te van a condecorar… ¡Ya empieza tu nombre a ser famoso, gracias a Franz Garver y a la Academia de Ciencias! ¿Vamos a verlo?

—Sí. Aquella vida me interesa mucho, porque no la conozco todavía.

—Yo sé… ¡Atención a Harry Blake, Janet, pronto lo verás!

CAPÍTULO VII

MANNY MORANTY dijo venir de Oglask, la gran población oriental.

—Ni siquiera sé por qué estoy aquí —dijo, abriéndose de manos—. Tampoco sé por qué la conozco a usted. Es curioso, ¿verdad?

—No se preocupe, Moranty —contestó Janet, sonriendo encantadoramente—. Estas cosas ocurren. Hacemos cosas que no tienen explicación aparente o fácil. Pero todo obedece a un secreto designio. ¿A qué se dedica usted?

—Soy ingeniero mecánico.

—Bonita profesión. ¿Casado?

Él negó con la cabeza.

—No. ¿Puede usted decirme por qué he venido a verla? ¿Qué le he dicho? Sé que le he dicho algo… O he pensado decirle algo, que usted ha comprendido.

—Sí, me ha dicho usted muchas cosas, Moranty —contestó Janet—. Pero ni yo misma sé lo que ha sido. Algo entre nosotros está vinculado con el Más Allá. Tenemos relación en algo que no ha ocurrido.

—Eso es… ¡increíble! —exclamó él.

—Sí, ciertamente. Increíble. Usted pensará que ha hecho un viaje muy largo, desde Oglask, para nada. Y no es así. Tenía que verme. Había de ser usted o un tal Harry Blake.

—Me resulta familiar ese nombre —dijo Manny Moranty—. ¿Dónde lo he oído?

—En su subconsciente hay un Harry Blake y un Otos Rham.

—Sí… Otos Rham… ¡Es raro lo que me ocurre con usted, señorita Leary! Bueno, si no me da usted otra explicación…

—No puedo dársela, se lo aseguro. La explicación no está en este

mundo.

Moranty pareció decepcionado y confuso.

—Es paradójico y sorprendente. Bueno, al menos, ya que estoy aquí, ¿puedo invitarla a comer?

—¡Oh, seré yo quien le invite a usted, señor Moranty! Iremos a mi apartamento. ¿No conoce usted Epiro? Voy a proponerle algo. Comamos juntos en mi casa. Luego, vamos a ver lo más sobresaliente de la ciudad. Le enseñaré el teatro sensorial… Podemos ver el parque irracional… ¡Ah, es único en su género! Siempre se descubren cosas nuevas en Shock Park. Creo que piensan crear varios en distintos lugares del mundo.

—¿Qué es eso?

—Un parque lleno de sorpresas y emociones. No se extrañe que le ocurran las cosas más portentosas. Pueden desnudarle sin que usted se dé cuenta. Se puede enamorar en un minuto, o puede convertirse en león. Usted no sabrá de qué se ríe la gente, pero se reirá de los demás. Será un niño, un anciano o una señora antigua… ¡Aunque también puede bañarse en vino o servir de borriquillo a un niño!

Mientras hablaba, Janet se había puesto en pie. Cerró, pulsando un conmutador, los cajones de su mesa. Luego, acompañó a su visitante hacia la puerta.

Antes de abandonar el edificio, Janet consignó su salida en el control de personal. Una vez en la calle, acompañó a Moranty hacia donde estaba su vehículo magnético.

—Suba. ¿Qué preferencias tiene? ¿Le gusta la carne de ave, el pescado o la verdura?

—¿Todo artificial? —preguntó él.

—Aquí, en Epiro, no sabemos nunca si los alimentos son artificiales o naturales. Hemos conseguido una extraordinaria perfección. Le hago esta pregunta para ir encargando por radio lo que prefiera.

—Soy su invitado, señorita Leary. Dejo a su elección la minuta.

—Gracias, señor Moranty.

Janet vivía en un apartamento-chalet, en las afueras de Epiro, en una zona cubierta de árboles y jardines, verdadero oasis de silencio a menos de diez minutos de la gran ciudad.

Al detener el vehículo, Janet vio otro coche aparcado ante su residencia.

—Tengo visita, señor Moranty. Pero no sé quién puede ser.

—No se preocupe por mí, señorita Leary.

Entraron juntos en la casa. Nada más abrir la puerta, Janet vio a un

hombre sentado en una butaca. No se extrañó en absoluto al ver a un hombre exactamente igual que su acompañante.

Harry Blake se puso en pie.

Sonreía al saludar a Janet.

—¡Vaya, Janet, me alegro de volverte a ver! ¿Y quién es éste?

—Creí que le conocías.

Manny Moranty y Harry Blake eran exactamente iguales. Sólo diferían en sus ropas.

—Nos vemos por vez primera —dijo Blake—. Pero supuse que estaba aquí.

—¿Qué hiciste con la «Escuela»? —preguntó Janet.

—La cerré… ¡Me la cerraron, quiero decir! Por eso he venido. Tenía que venir hoy exactamente. Pero no creí que hubiese nadie contigo tan parecido a mí.

—Comeremos los tres juntos —dijo Janet, divertida—. Supongo que vuestros apetitos serán distintos.

—Sí. Y nuestras sensaciones también —habló Moranty.

—Estáis en vuestra casa. Voy a cambiarme de ropa. Servíos vosotros mismos, sin formalismos. No tardaré mucho.

Janet desapareció tras una puerta interior, dejando solos a los dos hombres, quienes se miraron fijamente.

—¿Somos dos o uno solo? —preguntó Harry Blake.

—Yo diría que somos gemelos —replicó Moranty—. Pero presiento que usted… quiero decir tú, ya conoces a Janet Leary.

—Sí, nos conocemos hace tres años. Yo tenía una academia de espectros, aquí, en Epiro. ¿Vienes del extranjero?

—Sí, de Oglask. Trabajo allí, en una factoría industrial. Creo que estoy algo así como de vacaciones.

—¡Somos de un parecido exacto! Si nos cambiamos la ropa, ni Janet sabría quién es quién —habló Harry Blake, divertido.

—Supongo que tú sabrás a qué obedece esto.

—Yo tengo una vaga idea —contestó Harry, tomando un vaso de un anaquel—. ¿Un brandy, amigo?

—No, gracias. Prefiero más una explicación.

—Mi explicación es sencilla. Janet está enamorada de mí. Pero un hombre solo no le satisface. Necesita dos.

—¡Esto es absurdo!

—No lo creas. Es una mujer muy apasionada. Puede amar a cada

uno de nosotros un día sí y otro no. Es una graciosa paradoja sentimental. Tú eres un digno ingeniero mecánico, un hombre recto, sereno, cordial y amable. Yo soy una especie de todo lo contrario a ti… Lo informal, lo incorrecto, desordenado, aventurero y trotamundos. Igual organizo una «Escuela de Fantasmas», que monto un circo ambulante. Yo soy la farándula y tú eres la seriedad.

»Janet necesitara de Moranty y de Blake.

—¡Esto es un disparate! —exclamó Manny.

—Puede que sí. Ésa es la puerta. Si no estás conforme, toma mi coche y regresa a Oglask ahora mismo. Te advierto que Janet puede hacer que surja otro exactamente igual que tú.

—¡Eso es imposible!

—No lo es, puesto que estamos aquí los dos. Y sospecho que te quedarás. Entre tú y yo hay muy poca diferencia. Formamos parte de la vida de Janet Leary.

—¿Por qué?

—¿Por qué hay sol? ¿Por qué hay aire? ¡Hay muchas cosas que son así y no pueden ser de otra manera! Ella es una especie de espectro del futuro. Nosotros somos… algo suyo.

—¿Cómo sabes cosas que yo ignoro?

—Porque yo llevo años tratándola. Tú la acabas de conocer. Y tu parecido conmigo lo confirma. Así nos quiere ella. Nuestro deber es hacerla feliz.

—¡Yo no estoy enamorado de Janet! —exclamó Manny Moranty dignamente.

—Peor para ti. Acabarás por enamorarte. Además, ella nos necesita a los dos. Tenemos que estar a su lado. Su vida va a sufrir un gran cambio dentro de poco. Tendrá que viajar mucho, hablar con grandes personajes, crear centros de estudio y enseñanza… ¡Y nos necesitará! Hemos de estar a su lado, porque es nuestro deber.

—¿Una especie de matrimonio entre tres?

—Una mujer genio y dos secretarios amantes. Esto suena mejor —dijo Harry Blake, sonriendo—. Empieza a despertar, amigo mío.

* * *

El doctor Franz Garver llegó a la hora prevista. Harry Blake le hizo pasar al saloncito y le ofreció una cómoda butaca.

—¿Qué tal sus montañas, doctor?

—La soledad que yo anhelaba desapareció. Janet ha perturbado mi vida.

—¡Toma, y la mía también! —exclamó Harry—. Ahora está descansando. Manny está en sus brazos. ¿Qué tendrá ese «oglasko» que no tenga yo, si somos iguales?

—Prefiero no conocer esos detalles, señor Blake —dijo Garver, muy dignamente.

—¿Cómo van sus cerebros?

—Muy bien… ¡Pero considero absurdo lo que Janet se propone! ¡Un hombre artificial, de carne y hueso, es un disparate! ¡Y no dará resultado!

—¿Sí? —interrogó Harry, sonriente.

—Estoy absolutamente convencido.

—No opino yo así. El modelo elegido por Janet me halaga mucho…

—¡Aunque se parezca a usted y al señor Moranty, no quiere decir que vaya a ser un ser humano! ¡El laboratorio no puede hacer seres vivos!

—El laboratorio ha hecho cerebros.

—¡Que no piensan! ¡Eso es lo más insólito de cuanto estamos haciendo! ¡Cinco millones de cerebros! ¿Y para qué? Además, ¿quién es Janet Leary?

—Por favor, doctor, no quiera saber más que yo. Janet Leary es una mujer extraordinaria. ¿No le paga ella? ¿No tiene usted más de lo que podía soñar?

—Sí, sí, pero… ¡He perdido el dominio de mí mismo! Yo vivía tranquilo, con mis experimentos. No ambicionaba más que la soledad. Ahora…

—Su nombre va unido al mío, doctor Garver —habló Janet Leary, apareciendo en la puerta, con su más deliciosa sonrisa—. ¿No le encanta formar parte de la más sensacional experiencia de todos los tiempos? Tendremos éxito, se lo aseguro. Y su nombre se pronunciará con veneración en todas las universidades del mundo… ¡Estamos haciendo seres humanos!

Franz Garver se levantó para ir a estrechar la mano que ella le tendía.

—No me gusta el cuerpo que ha creado el equipo del doctor Hills.

—¿No le gusta el cuerpo o el doctor Hills? —preguntó Harry—. Es una figura muy esbelta.

—El cuerpo no lo es todo, Garver —habló Janet—. Lo importante es el resultado.

—¡Es que no dará resultado! —casi gritó Garver.

—¿Y si lo dejo por embustero, Garver? —preguntó Janet.

—¡Lo que usted pretende es un absurdo! ¡Obtendremos un engendro!

—Tiempo al tiempo, Garver. ¿Ha traído los cerebros?

—Sí. Beck y Hanson los tienen ya en la Facultad de Ciencias. El doctor Hills está con ellos. Nos esperan a las siete.

—Allí estaremos —dijo Harry—. ¿Vendrá también mi otro yo, Janet Leary?

—No me gusta tu tono, Harry —replicó ella secamente—. Manny no es tu otro yo. Es Manny.

—¿Ha aprendido a besar mejor que yo?

—¡Eres un necio, Harry! De buena gana te echaría de aquí.

—No me iría. Me tendería en el zaguán, como un perrito, y te seguiría a todas partes.

Ella sonrió y le dio un cariñoso manotazo en la cabeza.

—Te odio, pero eres adorable, Harry. ¿Te enamoraste de verdad de aquel robot de tez amarilla?

—¿Te gustó el chiste? Yo era un títere en manos de aquel endiablado fantasma de Rham. ¿Ha oído usted hablar de Otos Rham, doctor Garver?

—No. ¿Quién es?

—El que hará que la experiencia de hoy sea un éxito. A Janet todavía le falta experiencia.

—¿Quieres callarte, charlatán? A Franz no le interesa saber todo eso. ¿Necesita dinero, doctor?

—Sí. Pensábamos pedírselo hoy. Ocho millones de créditos.

—Le firmaré los documentos. Y no tiene usted que dar explicaciones en el banco, Franz. Allí no les interesa saber lo que hacemos con el dinero. Mis amigos me lo envían y yo lo gasto en lo que quiero.

—En una ocasión, uno de los directores me llamó a su despacho. Tenía un informe de usted sobre la mesa. Todo era correcto, pero trató de tirarme de la lengua.

—¿Milner?

—Sí, el mismo. Quería saber cuáles eran nuestras actividades. Dijo que era usted una funcionaría de Control Cívico.

—¡Como vaya al banco y realice una investigación, empapelaré a Milner! —exclamó Janet.

—A propósito —intervino Harry—. Hemos de operar con otros

bancos. El estatal no es suficiente.

—Ahora es inútil. Nuestras actividades tienen carácter oficial —dijo Janet, sentándose en una butaca y cruzando las piernas—. La Facultad de Ciencias ha divulgado nuestros trabajos. Se está hablando extraordinariamente de nosotros. La Videofusión Mundial ha dicho esta mañana que Huxley no creyó jamás lo que escribió, ni yo tampoco sé lo que estoy haciendo.

Harry Blake se situó detrás de Janet y le echó los brazos al cuello, besándola detrás de la oreja. Ella, como ajena a la caricia, siguió hablando con Garver.

—Habrá un informador de la videofusión. Manny lo ha invitado.

—Hay una cuestión que me preocupa, Janet —dijo Garver—. ¿Podrá Hills empalmar el sistema nervioso?

—Usted no conoce bien a Hills, Franz. Su cuerpo humano está funcionando ya desde hace meses. Se le ha aplicado un cerebro humano natural, trasplantado de un obrero que resultó aplastado por una prensa hidráulica.

—Eso no lo sabía yo.

—Eso era nuestro secreto.

—¿Qué resultado dio?

—El obrero está en observación médica, con su cuerpo artificial. Se recupera rápidamente. Pero no quiero eso. La mente de ese hombre es suya. Yo deseo un ser viviente con mente condicionada.

»En el instante en que nuestro homo naturalis tenga consciencia de ser, hemos de "enseñarle". Tendremos que decirle lo que es, para qué es y condicionarlo. Eso no será fácil; y le necesitaremos a usted y a todos los que quieran ayudarnos en la labor.

»Ya es importante que la Facultad de Ciencias tenga interés en el experimento. Nos lloverán colaboradores. Y más si les pagamos como a usted.

—¡Es el camino más rápido para que su sociedad vaya a la quiebra y yo me enriquezca, aunque haya perdido mi libertad e independencia! —se lamentó Garver.

—Es usted libre de dejarnos cuando quiera —dijo Harry.

—No lo haré. Me interesa más esta locura que todas las pruebas que yo pudiera hacer en mis alambiques. Estoy dispuesto a continuar hasta el fin, aunque me retiren el sueldo.

—No tema, doctor Garver —observó Janet—. Su colaboración nos es muy valiosa.

—Todavía —añadió cínicamente Harry.

—¿Y si vamos a comer algo? —preguntó Janet—. Nos espera una larga sesión en la Facultad de Ciencias.

—¿Llamo a mi rival? —preguntó Harry.

—Manny ha salido —contestó Janet—. Está realizando una gestión de relaciones públicas para mí. Si no amansamos la fiera de la curiosidad mundial, no nos dejarán trabajar. Además, pronto vamos a necesitar cinco millones de cuerpos humanos para los cerebros de Garver. Hay que buscar la fábrica, el personal, la maquinaria, la organización. ¿Sabes quién va a ser el director?

Janet se había vuelto a Harry, mirándole por encima del hombro.

—¿Quién?

—Ian Brower. Ha pedido el retiro y me llamó. Le interesa más mi proyecto que la Inspección Central del Control Civil. Desde luego, se lo he concedido.

—Brower es un buen tipo —dijo Harry—. ¿Dónde pensáis tú y tu genio «oglasko» situar la instalación?

—En Irmand, junto al Canal Rojo.

—No conozco eso. ¿Cuánta gente habéis calculado que hará falta?

—Dos mil personas. Alojamientos, factorías, almacenes, recreo, deportes, auxiliares. Se nos ha ocurrido trasladar a Irmand todo el equipo de Garver.

—¡Me lo temía! —exclamó el aludido—. Supuse que Hills se saldría con la suya. ¿Y por qué no se instala en Saint Bernard? ¿No resultaría más económico?

—No es cuestión de economías, Garver. Porque a usted le gusten las montañas, no quiere decir que le guste a la mayoría. Entre los miembros de su propio equipo hay muchos que no quieren estar allí, tan aislados siempre.

—¡Tienen seis meses de vacaciones al año!

—Irmand será un buen sitio, Garver.

—Le cambiaremos el nombre y será Learyland —habló Harry—. Tendremos nuestra propia policía… ¡Seres creados por nosotros! ¡Igual que yo! ¡Ah, qué delicia! ¡Una mujer amada por cinco millones de hombres!

CAPÍTULO VIII

UNAS quinientas personas se sentaban en la barra, en torno a la cúpula de ensayos biológicos de la Facultad de Ciencias, dentro de la que el equipo del doctor Hills, en colaboración con Franz Garver y sus dos ayudantes, John Beck y Frei Hanson, trabajaban desde hacía más de cuatro horas y media.

Janet Leary también estaba allí, ante los mandos del Control Sensorial. A su lado, Manny Moranty, con una tablilla en la mano, anotaba las indicaciones que le iban dando.

Fuera de la cúpula, sentado entre los informadores, alumnos, doctores y miembros de las Academias Internacionales, estaba Harry Blake. A su lado había una preciosa muchacha, morena y de ojos grandes, cuyo atuendo parecía no existir, una vez se quitó la capa malva que había llevado.

Susana Hoorn era informadora de una agencia internacional. Harry Blake se brindó a satisfacer su curiosidad. Y ya llevaba más de dos horas hablando con ella.

—Yo soy alguien en la vida de Janet Leary —decía Harry, mirando a la joven de reojo—. Algún día de éstos, cuando Janet tenga tiempo, cosa que dudo, nos casaremos. En realidad, vivimos juntos ya.

—¿Quiere que informe de eso, señor Blake? —preguntó la señorita Hoorn.

—Es mejor que no diga nada. Al gran público no le agradaría. Pero debe saber que el primer hombre artificial creado por Janet llevará mis facciones.

—Usted se parece mucho al señor Moranty. ¿Hay algún parentesco entre ambos?

—Sí. Nos parecemos por Janet.

—Perdone. Temo no haber entendido bien.

—Es fácil. Todo lo que se parezca a mí significa algo para Janet.

—¡Ah! Usted la conoció antes, ¿verdad?

—Sí. Yo la descubrí. Cuando la conocí era funcionario de Control Cívico.

—¿Y cómo es que una funcionario ha podido realizar este… experimento?

—Janet encontró al doctor Garver. Aquello tenía una finalidad: la de crear lo más importante del hombre, o sea el cerebro. El doctor Hills vino después. Janet ha perfeccionado ambos estudios.

—¿Cómo obtuvo ella los conocimientos que se requieren?

—Eso es lo más complejo, querida amiga. Janet es extraordinaria. Su mentalidad científica ha existido siempre dentro de la funcionaría. Es un caso de doble personalidad. A ello se debe que grandes compañías financieras la hayan apoyado económicamente.

—Debe ser una mujer muy…

—¡Es genial! —atajó Harry—. Sencillamente, genial.

—¿Cree usted que tendrán éxito?

—Sí.

—¿Se ha realizado alguna prueba antes de ahora?

—Sí. En un obrero, cuyo cuerpo fue aplastado por una prensa.

—¿Con éxito?

—El hombre vive.

—¿Puedo ir a verle?

—Hable con Hills. Guarda a su paciente como el avaro su tesoro. Ni siquiera yo sé dónde se encuentra. Lo que sí sé es que el hombre lleva un cuerpo creado por Arthur Hills y Janet Leary, y que ahora se está colocando un cerebro Garver-Leary en un cuerpo Hills-Leary, y que se va a obtener el primer hombre artificial de la historia de la Humanidad.

—¿Cree la señorita Leary que hay pocos hombres naturales para que pretenda construir más? —preguntó la informadora.

—La idea general de Janet es que se pueden fabricar seres adultos, mujeres u hombres, del mismo modo que se fabrican robots.

—¿Cómo serán esos, seres, señor Blake?

—Llámame Harry, amiga mía —suplicó él, sonriendo—. ¿Por qué no vamos a tomar un emparedado?

—Quisiera permanecer aquí hasta el fin.

—Todavía hay para rato. Y no veremos nada más que eso. El

resultado final no se sabrá hasta Dios sabe cuándo.

—¿No nos dirán luego que ha sido un éxito y nos presentarán a usted o al señor Moranty?

Harry sonrió.

—No conoces a Janet.

—¿Cuándo podré hablar con ella?

—Eso es muy difícil. Está muy ocupada. Sin embargo, puedo interceder.

—¡Se lo agradecería mucho… Harry!

—¿Cenamos juntos esta noche?

—Estoy prometida, Harry.

—¡Bah! ¿Qué importancia tiene eso?

—Para mí, mucha. Dan se podría molestar. Yo he venido a Epiro a trabajar, no a divertirme.

—Una cosa no está reñida con la otra. Además, yo le puedo dar más información acerca de Janet que cualquier otra persona.

—¿Cenar sólo?

—Palabra de honor, Susana.

—No me fío mucho. Pero… Acepto.

—Te diré que en Irmand se van a invertir doscientos mil millones de créditos, y que aquella factoría llevará el nombre de Learyland… Que los homo naturalis estarán condicionados para funciones específicas, no sufrirán enfermedades y sus apetencias estarán restringidas.

—¿Quieren hacer el ser perfecto?

—Mejor dicho, el robot humano perfecto —declaró Harry—. No quisiera, en modo alguno, ser uno de esos engendros. ¿Cómo iba a admirar tus hermosos ojos?

—¿Carecerán de sentimientos esos seres?

—Los cerebros de Garver dirán la última palabra. Si mis informes extra no son falsos, alguien del futuro me ha dicho que los hombres de J. Leary serán mejores que nosotros y se acabará con la maternidad.

—¡Eso es monstruoso!

—Habrán de pasar algunos siglos, sin embargo. Y, al final, seguirán naciendo niños y se construirán hombres artificiales. ¡Ah, la Humanidad es inagotable, Susana!

* * *

—Ésta es Susana Hoorn. Viene… —empezó a decir Harry.

La mano derecha de Janet abofeteó furiosamente a Harry. Había

rabia y desprecio en los ojos de ella.

Susana, en la entrada, retrocedió unos pasos, impresionada.

—¡Janet! —exclamó Harry.

—¡Eres un cínico, un sinvergüenza y un canalla! —gritó Janet.

—No sé a qué viene…

—¡Lo sabes muy bien! ¿Es así como obtiene usted sus informes, señorita?

—Yo no… Escuche, no se mezcle usted en esto —se defendió la muchacha morena.

—¡Tome su coche y márchese de aquí! ¡Desmentiré, si es preciso, todo lo que publique su agencia! ¡Y tú, miserable, vete a tu cuarto y no salgas más de él!

Harry denegó con la cabeza, retrocediendo y situándose junto a la desconcertada Susana.

—Si ella se va, yo la acompaño. Ha venido en mi coche.

—Pero ¿cómo te atreves a presentarte con ella delante de mí, al cabo de dos días de no verte por ninguna parte? ¿Es que crees que no sé lo que habéis estado haciendo?

Susana, roja como un tomate, miró a Harry.

—No te preocupes, pequeña. Habla por hablar. ¿Cómo va a saber lo que hacen los demás? Vámonos. Nos han echado.

—¡Te ordeno que te quedes!

—No. Me voy —dijo Harry Blake, dando media vuelta y tomando a Susana Hoorn del brazo—. En marcha, cariño. Aquí ya no me necesitan.

—¡Te he dicho que entres, Harry! —gritó Janet—. No me obligues a retenerte.

Sin replicar, él continuó su camino. Pero, de súbito, se detuvo, quedándose rígido. En la puerta del apartamento-chalet, la mujer de la que empezaba a hablar todo el mundo le miraba de modo muy intenso y extraño.

—Vuelve, Harry.

Él se volvió, dejando el brazo de Susana. Ésta se quedó aturdida, bizqueando, sin dar crédito a lo que veía. Y como un robot, Harry se dirigió a Janet.

—Entre usted también, señorita Hoorn —ordenó Janet—. Ya no importa.

—Prefiero más… ¿Qué le ocurre a Harry?

—Está hipnotizado, simplemente. ¿Quiere usted pasar? ¡Oh, este

Harry me da unos disgustos terribles! Sabe la tensión en que vivimos, a causa de los experimentos, y él, en vez de ayudar, desaparece con la primera muchacha bonita que encuentra… ¡No crea usted que estoy celosa!

Sin saber exactamente la causa, Susana Hoorn entró en el vestíbulo detrás del insensibilizado Harry Blake. Detrás de ella, Janet cerró la puerta.

—Vamos al salón… Acompáñenos, por favor.

Una vez en el salón, donde Harry se sentó en una butaca, sin despegar los labios, mirando rectamente al frente, Janet se dirigió a la informadora.

—Perdóneme. Siento una predilección especial por Harry.

—Predilección que yo traduzco por celos, ¿no es así? —replicó Susana sibilinamente.

—Procure no abusar de mi indulgencia, señorita Hoorn —contestó Janet—. Harry es demasiado vehemente… ¿Trabaja usted para la Agencia International Visión?

—Sí —asintió Susana.

—¿Y está usted prometida con un compañero suyo?

—Sí —admitió la otra, sorprendida.

—¿Qué dirá él si se entera de esto?

—Pues… Bueno, no tengo nada que reprocharme. Trataba de obtener una información.

—No me engañe. Les localicé a ustedes dos anoche, en un hotel… ¡Y no hacía usted información!

Susana se mordió los labios, pero replicó secamente:

—Permítame dirigir a mi modo mi vida privada, señorita Leary.

—Lo haría, si no se hubiese mezclado usted en mis negocios.

—¿Es Harry su negocio? ¿Quiere que informe al mundo que necesita usted dos hombres exactamente iguales?

Janet entornó los ojos, suspiró profundamente, y luego habló:

—Lo estaba temiendo. Bueno, es usted mujer, como yo, después de todo, y no puedo reprocharle nada. ¿Le gusta Harry, eh? A mí también. Pero yo no puedo evitarlo.

—Será mejor que me marche —dijo Susana, de pronto, sintiéndose dominada por un súbito temor inconsciente—. Le ruego que me perdone.

—No tema por él. Está bien… No vea usted nada extraordinario en

esto.

—¡Harry está… como dominado! ¿Qué le ha hecho usted?

—Le repito que está hipnotizado. Y deseo que se quede usted aquí porque va a ver algo extraordinario. —Susana miró a su interlocutora, como aturdida—. Dentro de poco tendremos tantos «Harry Blake» como se nos antojen. Hombres jóvenes, fuertes, amorosos, románticos. ¿Sabe que nuestra experiencia ha resultado un éxito? ¡Vaya, qué tonta soy! ¿Cómo iba a saberlo?

»No hace mucho que me lo ha comunicado Manny. Es singular. Manny y Harry son iguales. Se diría que son una misma persona. Y, sin embargo, ¡cuán diferentes el uno del otro!

»Y vamos a tener cientos de ellos, miles, millones, si se nos antojan…

—¿Qué clase de extraña locura es la suya, señorita Leary?

—Por favor, siéntese… Harry, vuelve en ti, ¿quieres?

La sangre pareció afluir al rostro de Harry. Durante unos segundos miró a la sonriente Janet y luego a la perpleja Susana. Después, soltó una carcajada.

—Aumenta tu poder, Janet. Llegará un momento en que no podré contigo.

—¡Oh, querido! ¿Por qué me haces sufrir tanto? —Janet se acercó a él y le besó en los labios—: ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Quiero que Susana se quede con nosotros. Puede venir a Irmand. Hay trabajo para ella.

—Concedido. Díselo a Manny. La podemos nombrar secretaria general. ¿Tanto te gusta, bribón?

El estupor de Susana iba en aumento. Pero tuvo entereza para exclamar:

—¿Qué se han creído ustedes dos? ¡Yo no me uniría a esta casa de locos por nada del mundo!

—¿Cuánto ganas, Susana? —preguntó Harry, poniéndose en pie.

—Ciento veinte créditos.

—Te daremos cuatro o seis mil —habló Janet—. Trato hecho. Vas a ser la secretaria general. Información científica. Relaciones exteriores. Ayudarás a Ian Brower y a Manny.

—¿Cuatro mil créditos? —exclamó la joven morena, estupefacta.

—No, seis —rectificó Harry—. En nuestro proyecto, lo que menos importa es el dinero.

—Y cinco millones de hombres como Harry Blake —terminó Janet.

Susana Hoorn tuvo que sentarse. La cabeza le había empezado a dar vueltas vertiginosamente y la moderna sala se transformó en torbellino. Sólo sabía decir:

—Esto es una locura… ¡Es una locura!… Esto es una locura.

—Hace años que vivo yo una locura incomprensible de la que no quisiera salir jamás —contestó Janet—. Y todo empezó cuando conocí a Harry Blake…

—Cuando conociste a Otos Rham —rectificó Harry.

Pareció como si el torbellino de la periodista se detuviera al escuchar aquel nombre extraño. Sus labios se movieron para pronunciar una pregunta.

—¿Quién es Otos Rham?

—Algo mío que está más allá… ¡Mi otro yo en el Universo! —respondió Harry Blake.

—Lo más maravilloso que existe —añadió Janet, extasiada.

Y, pese a la incógnita, a la vaguedad, de la respuesta doble, Susana Hoorn tuvo la sensación de haber comprendido.

* * *

Manny Moranty se volvió e hizo un gesto para imponer silencio a Harry y Susana. El doctor Hills también había mirado a la pareja, como considerándolos unos intrusos.

Janet estaba inclinada sobre el cuerpo yacente.

En una mesa del quirófano, bajo un potente foco luminoso, estaba tendido un hombre. La sábana blanca le cubría desde las rodillas al pecho. Su rostro era pétreo; su inmovilidad, total.

Algo más atrás, formando la última barrera entre lo real y lo absurdo, se hallaban tres hombres: Garver, Beck y Hanson.

—Atención —dijo Janet—. Parece que despierta… ¡Abre los ojos!

El hombre yacente parpadeó. En sus facciones, hechas de una mascarilla de Harry Blake, se notó una crispación. La piel pareció tensarse, vibraron las aletas de la nariz.

Manny Moranty, el ingeniero mecánico de Oglask, observó el cronómetro e hizo algunas rápidas anotaciones en la tablilla que sostenía en las manos.

—¿Puedes oírme? —preguntó Janet, inclinada sobre el homo naturalis.

—Habla —dijo Hills—. Habla… Di algo…

La tensión se había apoderado de todos. No había nadie en la sala que no se sintiera parte del gran milagro, de la realización técnica, del importante acontecimiento.

Franz Garver contenía hasta el aliento.

Los ojos del nuevo ser se movieron, fijándose en los de Janet Leary, que estaba más cerca que Hills. Y sus labios se movieron lentamente.

—Es… to… y… vi… vo.

—¡Grabado! —exclamó Moranty.

—¿Quién eres? —preguntó Janet, soltando la pregunta que había retenido durante tantos meses.

—So… y… yo… No… ten… go… nom… bre.

—Te llamas Alkos-Uno —dijo Janet—. Ése es tu nombre. Memorízalo… ¡Alkos-Uno! ¡Repítelo!

—Al… kos… U… no —dijo el ser artificial, tratando de alzar la cabeza—. So… y… Al… kos… U… no.

—¡Más energía vital! —exclamó Manny Moranty.

Los técnicos que trabajaban fuera de la sala de experiencias obedecieron la orden, enviando al «recién nacido», a través de los controles de distancia, la energía requerida.

Los cátodos que estaban adheridos al cráneo del ser llamado Alkos-Uno vibraron en silencio. Las ondas extrasensoriales incitaron las células artificiales.

—Eres un ser artificial. Concéntrate, Alkos-Uno. Te hemos instruido antes de darte la consciencia. Tienes que comprendemos… Tu lengua no es hábil… Tienes que mover las manos y los pies.

—Entiendo —habló ahora Alkos-Uno—. Os veo y os oigo. Capto vuestra presencia… Tú eres Janet Leary… Y tú el doctor Arthur Hills…

Al oír pronunciar su propio nombre, el científico no pudo contenerse y emitió un alarido de júbilo.

—¡Eureka! ¡Lo hemos conseguido!

Susana Hoorn apretó la mano de Harry Blake. En su emoción, sólo pudo decir:

—Parece imposible.

CAPÍTULO IX

PRIMERO apareció Susana Hoorn, sonriendo. Detrás, uno tras otro, los treinta «Alkos», exactamente iguales, surgieron de la sala de actos de la Facultad de Ciencias, a donde no se había permitido la entrada a Janet Leary.

Ésta aguardaba en el pasillo, una veces sentada, otras de pie, paseándose nerviosamente. A su lado, en todo momento, habían estado sus más allegados colaboradores.

—¡Janet! —gritó Susana, yendo hacia la otra y abrazándola—. ¡Han quedado impresionados!

—¿Sí?

—Ni una duda… Harán sus informes y los elevarán al Consejo Supremo… El Presidente ha dicho que era lo más importante de la Humanidad, después que Dios hiciera a Adán.

Los treinta «Alkos» terminaron de salir y se detuvieron a lo largo del pasillo. Las cámaras de televisión tridimensional, situadas en ambos lados captaban ya la escena y enviaban al mundo las imágenes del acontecimiento.

—¿Cómo han contestado? ¿Qué han dicho?

—Lo que tenían que decir.

Harry Blake eligió a uno de los «Alkos».

—¿Qué tal, Doce?

—Bien, Harry —respondió el aludido— Hombres muy doctos y desconfiados todos.

—¿Los habéis convencido, pues?

Aquel «individuo» asintió.

—Sin la menor duda.

—Les preguntaron a todos, eligiéndolos al azar, como tratando de confundirlos —explicaba Susana, emocionada—. Traté de poner un poco de orden… Hubo momentos de confusión… Pero nuestros chicos se han portado maravillosamente.

Janet parecía a punto de echarse a llorar, de emoción.

—Mis «harries» —musitó—. Gracias… Gracias a todos… Vamos al aerobús… Tengo ganas de dormir cien días seguidos.

Varios informadores de televisión se acercaron a Janet, rogándole que pronunciase unas palabras para los telespectadores del mundo entero.

—Lo siento… No podría decir nada… Susana Hoorn hablará por mí.

Luego, Janet casi corrió hacia la puerta, seguida de Manny Moranty.

En el pasillo, los treinta homos naturalis permanecieron inmóviles, esperando una orden que nadie les daba. Tampoco hablaban, a menos que alguien les preguntase. Y no faltaron preguntas sobre todos ellos.

—¿Cómo se llama usted?

—Alkos-23.

—¿Qué hace aquí?

—Responder a un «test» formulado por la Facultad de Ciencias.

—¿Dónde nació usted?

—No he nacido. Me han fabricado.

—¿Cómo?

—Creando un cerebro y un cuerpo artificiales.

—¿Quién le ha hecho, pues?

—El equipo de la señorita Leary.

—¿No es usted un ser humano como yo?

—No, señor.

—¿Qué diferencia hay entre usted y yo?

—Mucha. Usted es humano, creado por medios naturales. Yo soy artificial, o sea un producto de laboratorio.

—Pero usted habla y piensa, y su organismo es como el mío. ¿O no es así?

—Nuestros organismos, físicamente, son iguales. Nosotros estamos copiados de ustedes. Sin embargo, la materia que nos compone no es exactamente igual que la de usted.

—¿Es cierto que ustedes no pueden enfermar?

—No es cierto. Si surgen trastornos físicos, podemos enfermar. Mi corazón late como el de usted.

—¿Y su cerebro?

—Es exactamente igual que un cerebro humano. Piensa, siente, selecciona, envía impresiones al organismo.

—¿Y cómo piensan? ¿Quién les ha enseñado a hablar?

—Nuestras mentes llevan algunos años en gestación artificial. Hemos sido condicionados. Se nos ha enseñado un lenguaje, una lógica, un principio… Aún hemos de evolucionar más y sufriremos desgaste.

—¿Están sujetos a las leyes naturales?

—Sí, hemos de envejecer.

—Pero no han sido niños.

—No. Hemos «nacido» adultos. Somos como un hombre de veintinueve años.

—¿Quiere usted estrecharme la mano?

—Con mucho gusto.

«Alkos-23» estrechó con fuerza la mano del informador, el cual sintió un cálido contacto y una presión firme.

—¡Nos volveremos a ver! ¡Esto es lo más portentoso que he presenciado en mi vida! ¡De no saber que los hombres de ciencia han aceptado la verdad, juraría que acabo de hablar con un hombre nacido de madre!

Harry Blake ya se llevaba a los «Alkos» hacia el exterior. Pero si el pasillo era una gran confusión, entre colaboradores de Janet y los delegados de la T.V. mundial, la plaza frente al edificio de la Ciencia de Epiro, atiborrada de público, era el caos.

Las fuerzas de policía, dependientes del Control Cívico, se veían en apuros para contener la presión del gran número de curiosos que pugnaban por acercarse a donde estaba el aerobús circular. La salida de Janet

Leary, a la que se acercó rápidamente Ian Brower, uniformado, fue acogida con inenarrable estrépito. Más de un millón de personas se había congregado allí, a la espera del resultado de la encuesta de los hombres de ciencia.

Pero el departamento de publicidad, organizado por Janet, semanas antes, y que estaba dirigido por Manny Moranty y Susana Hoorn, había hecho bien las cosas. No importaba lo que pudieran decir los científicos: ¡los «Alkos» ya habían sido aceptados por el gran público!

Ian Brower abrazó a Janet, nada más salir ésta al exterior, y la llevó rápidamente al pie de la escalerilla del aerobús, donde se encontraban Ebener Suakin, Mark Otser y una docena más de agentes de la Sección

CGT.

Y Otser no podía desaprovechar aquella ocasión.

Cuando la joven subía la escalerilla, saltó hacia ella y le tomó la mano, diciendo con voz emocionada:

—¡La felicito con toda mi alma, señorita Leary! ¡Daría mi vida por usted!

—Gracias, Mark… Perdone ahora… Estoy muy emocionada.

—Adiós y buena suerte.

Ebener Suakin no dijo nada. Se limitó a mirar a Janet. Los recuerdos llenaban su mente. Estaba pensando en cierto parador del lago Schiller, años atrás, cuando quiso besar a la muchacha que ahora aclamaban todos.

Ebener comprendió entonces que algo extraordinario ocurrió. Y la revelación estaba ahora en todas las mentes. Janet Leary era excepcional.

Por esto el agente de la sección CGT estaba emocionado.

Cuando aparecieron los «Alkos», el público rompió el cordón de la policía y se desbordó por la plaza. El clamor fue inmenso. Fue preciso recurrir a las armas paralizantes para contener la avalancha e impedir que la masa humana pudiera alcanzar a los hombres artificiales, de lo contrario habrían perecido aplastados antes de llegar al aerobús.

Por suerte, Harry Blake conservó la serenidad suficiente para apresurar a sus «semejantes», haciéndoles subir a bordo a la carrera, y ordenar que cerrasen la compuerta. Algunos colaboradores de Janet, entre ellos Franz Garver, que se entretuvo demasiado hablando con los informadores de T.V., se quedaron en tierra. Pero utilizaron otros medios de transporte para trasladarse a Irmand, en la margen izquierda del Canal Rojo, a más de doscientos kilómetros de Epiro.

Allí se empezaban a levantar los primeros edificios de lo que sería, corriendo el tiempo, la primera factoría de homos naturalis.

¡El primer robot humano, de carne y hueso, o dicho de otro modo, el primer ser humano creado artificialmente!

* * *

Janet Leary llevó durante algún tiempo una intensa existencia sentimental capaz de acabar con una salud más robusta que la suya. A media tarde, solía retirarse a sus habitaciones particulares. Y el «amante» de turno era requerido casi en el acto, en cuanto la joven estaba preparada para recibir el amor del espectro con el que se había desposado en Sidérea.

A los ojos de sus amigos y colaboradores, Janet Leary adquiría una dimensión extraordinaria, a juzgar por su aparente sexualidad. Harry, Manny y seis o siete «Alkos» se turnaban en sus caricias y deseos.

Pero ella sólo recibía a Otos Rham, su esposo amado, aquel espíritu maravilloso que contaba sesenta mil años de existencia, artífice y creador, en el fondo, de la maravillosa obra de Janet.

Otos Rham estuvo siempre a su lado, maquinando con mente prodigiosa e inmortal. De él fue la idea de unir los cerebros de Garver y los cuerpos humanos de Hills. Janet no hizo más que imaginar que era cosa suya, cuando únicamente era una «Propicia».

Otos Rham gozaba a su esposa en todos los seres que él había dado, aunque nadie pudiera comprenderlo.

Sin embargo, aquella exuberancia femenina no extrañaba a nadie, excepto a un hombre, que temió por la salud de Janet. Aquel individuo era el director general de la factoría de Irmand, Ian Brower.

Y éste habló con Janet al respecto, una mañana, mientras departían sobre los proyectos a realizar.

—Estoy muy preocupado por ti, Janet.

—¿Por mí? ¿Qué quieres decir, Ian?

—Susana me ha dicho algo… escandaloso.

—¡Oh, eso es grave, Ian! —replicó Janet—: ¿Qué te ha dicho Susana? Quisiera saber solamente la verdad.

—Tu vida privada… Si no me han engañado, creo que exageras.

—No, Ian; Susana no te ha engañado.

—Entonces creo que deberías ver al médico.

—¡Nada de eso!

—¡Pero lo que haces, día tras día, es terrible, por no llamarlo de otra forma! Y perdona que insista. Creo mi deber aconsejarte. He sido tu jefe mucho tiempo y me considero un padre para ti…

—Gracias, Ian. ¿Puedes creerte que no hago nada deshonesto?

—¡Pero…!

—Vosotros no comprendéis.

—Yo lo comprendo todo, Janet. Admito que estés enamorada de Harry. Es humano y lógico. Pero ya no admito que Manny también te atraiga.

—¡Son uno mismo, Ian!

—¡Parecen uno mismo, pero son distintos! ¡Y eso no es todo! ¡También los «Alkos»!

—No es lo que te figuras, Ian. No puedes comprenderlo. Nadie lo puede comprender. Y debe ser así. Desde luego, admito que mi salud está algo resentida. Quizás lo haga por ese motivo. Mi labor ya está realizada. Algún día habré de irme definitivamente.

—¿Qué quieres decir?

—Que Janet Leary es mortal… ¡Y que anhelo dejar de serlo!

—¿Estás loca?

Janet sonrió dulcemente y sacudió la cabeza.

—No, Ian. No lo puedes comprender. Harry te dará una versión. Manny te dará otra. Y los «Alkos» te dirán que me quieren. Están condicionados para eso. Son hombres… Pero la verdad, la auténtica, está más allá de la comprensión humana.

Ian Brower sacudió la cabeza.

—Creo que el trabajo excesivo te ha trastornado. Tendrás que visitar a un psiquíatra.

—¿Quieres que le vuelva loco? Escucha, Ian. Tú eres aquí el director general. Esta obra debe continuar. Mis instrucciones están escritas. Yo no sé el tiempo que viviré, pero te aseguro que anhelo terminar cuanto antes. ¡Estoy ávida por reunirme con él!

—¿Él? ¿Quién es él?

—Mi esposo. Y en mi testamento encontrarás su nombre. Sobre mi tumba, dejo indicado, harás grabar esta leyenda: Janet Leary, 2233-2261. Sólo perteneció a su esposo amado.

* * *

Aquella misma tarde, Ian Brower fue al alojamiento de Harry Blake. Le encontró acompañado de Susana Hoorn y ambos parecían muy excitados.

—¿Puedo hablarte, Harry?

—Sí, pase, jefe. ¿Quiere tomar algo?

—No. He hablado con Janet. Y no me ha gustado su conversación.

—¿A qué se refiere?

Brower narró, casi palabra por palabra, lo que habló con Janet. Mientras, tanto Susana como Harry, escucharon en silencio.

—Jefe, me asombra usted —dijo Harry, en tono lleno de cinismo—. Yo creí que conocía mejor a Janet. ¿Qué clase de jefe de Control Cívico era usted?

—Déjate de ambigüedades, Harry. Me preocupa la salud de Janet.

—A mí, no.

—¿Qué sabes tú de todo esto?

—Se lo voy a decir. Todo el mundo parece saber que tanto yo como otros de mi mismo aspecto visitamos a Janet. ¿Qué imagina usted que hacemos con ella?

—¡Por favor, Harry!

—No hay favor que valga. Se lo voy a explicar. Entro en su apartamento, creo que la beso y la abrazo… ¡Y nada más! ¿Me entiende usted? ¡Nada más!

—¿Qué quieres decir con eso? —increpó Brower.

—Está claro… Tengo la sensación de poseerla, pero sé que no es cierto. Ella no me pertenece. Yo no estoy en sus brazos… ¡Es su esposo!

—¿Su quién?

—Otos Rham.

—¿Quién?

—Déjelo, jefe. No sabré decirle jamás quién es Otos Rham. Soy yo, es Manny… ¡Son los «Alkos»! ¡Y cuando hayamos construido cinco millones de «Alkos», ellos también serán Otos Rham!

Susana Hoorn habló por vez primera, diciendo:

—No lo entenderá usted, jefe. Nadie lo entiende. Yo he tratado de entenderlo, y tampoco lo consigo… La explicación está en el Más Allá.

—¿Entonces…?

—Todo esto que hacemos aquí está inspirado en el Más Allá. ¿Recuerda mi «Escuela de Fantasmas»? Allí empezó todo. Un día, alguien, o algo, me impulsó a abrir aquella escuela. Contraté a los decoradores y puse mi anuncio en la revista «Tiempo».

»Lulia, la recepcionista, apareció el primer día. Me di cuenta que no era humana. ¿Y qué habría conseguido con echarla a la calle? Me fue impuesta, como la cuenta corriente de veinte mil créditos que alguien o algo puso a mi nombre en el banco.

»Harry Blake, profesor de "Fantasmas del Futuro"… Llegaba allí, se filtraban mis visitantes por las paredes… Y les hablaba… ¡Pero no era yo! ¡Era el mismo que ama a Janet, mientras que ella está en mis brazos!

»Y debido a este desdoblamiento, necesito los besos auténticos de Susana, que es real, como lo soy yo. Y no pregunto nada más, ni quiero saber el tiempo que vivirá Janet.

»Sólo me importa vivir yo… Y me importa esta obra que realizamos aquí, porque es importante. Eso tendremos. Hombres artificiales. Cerebros condicionados que resolverán problemas insolubles… ¡No,

jefe, Janet no pertenece a ninguno de nosotros! ¡Algún día se irá!

Ian Brower estaba demasiado impresionado para contestar.

EPÍLOGO

JANET LEARY murió una noche, seis años más tarde. Un espasmo de amor brutal, en brazos de un «Alko», obstruyó su válvula cardíaca. No sufrió nada en absoluto.

El «Alko» tampoco se dio cuenta de nada. Un impulso desconocido le apartó de los brazos de ella. Sin saber lo que hacía, abandonó la estancia, cerrando la puerta al salir. Era como un autómata, en cuya mente se habían sembrado impulsos técnicos.

Janet le había llamado. El «Alko» ignoraba lo demás. Ni siquiera un ser humano auténtico, como Manny Moranty, habría podido hacer otra cosa. Los destinos humanos, por extraños que parezcan, se cumplen todos.

Y el de Janet se cumplió a los treinta y cinco años de edad. Sin embargo, en su elegía, alguien habría de decir que «vivió millones de años». Y quizá fuese un simbolismo exacto.

¡Vivió muchísimo más!

Otos Rham la acogió a sus brazos eternos en el mismo instante de su óbito. La mansión de Lokfor estaba esperando a Janet, y Sidérea, en todas sus múltiples dimensiones, se estremeció de gozo al recibir definitivamente a su predilecta hija de Epsafa.

Allá, en la lejana Tierra, una doncella encontró el cadáver de Janet. A sus gritos de alarma, acudieron amigos y allegados. Todo Learyland se paralizó al conocerse la noticia. Y de allí, saltó, a través del éter, al mundo entero.

Rápidamente, se decretó un día de luto universal.

Janet Leary, Cruz Extraordinaria de la Ciencia, doctora «honoris causa» de todas las Universidades del Sistema Planetario, había entregado su alma a Dios. El choque conmocionó a billones de seres

humanos. Fue como un inmenso clamor de llanto universal.

Janet Leary había hecho por la Humanidad algo que sólo se llegó a soñar, a imaginar, a vislumbrar por los autores y poetas, pero que ningún científico pensó que podía ser realidad.

Y tres días después, más de dos millones de seres artificiales, llevarían las coronas y las flores que formarían la montaña sobre su tumba. Ella demostró que se podían hacer hombres en las probetas de los laboratorios.

Ella pagó, nadie sabía cómo, todo el dinero que se empleó en la población cientificotécnica que llevaba su nombre, como Epiro se llamaría Leary a partir de entonces, y ella logró que una quimera fuese realidad.

Muy pocos sabían su verdadera historia. Harry, Manny, Ian, Susana, Franz Garver, Arthur Hills, y algunos otros. Pero nadie osaría jamás contarla, porque estaban seguros de que les tomarían por locos.

Además, ella dejó escrito su testamento, en el que expresó sus últimos deseos.

Learyland continuaría como hasta entonces. Sus dirigentes disponían ahora, con la cesión de millones de homos naturalis, de una fortuna incalculable, y se esperaba que, cuando se hubiesen servido las demandas de «hombres» condicionados, las cifras de beneficios serían inmensas.

La herencia de Janet a sus amigos era aquello: una fábrica de hombres perfectos en pleno rendimiento. Poco a poco, las industrias de todo el mundo sustituirían a sus empleados, pagándoles el sueldo íntegro, para poner en su lugar a un homo naturalis, cuyo cerebro había sido condicionado por los neuropsiquiatras, para realizar determinado tipo de trabajo. Y, desde luego, la práctica demostraba que los nuevos obreros producían mucho más, con un consumo mínimo. Además, un «Alkos» no hacía huelgas, no pedía aumentos de salario y el importe de su manutención, en alimentos sintéticos, era escaso.

Un «Alkos» jamás se equivocaba en su trabajo. Respondía cuando le preguntaban. No sufría accidentes de trabajo, ni se ponía enfermo. Estaban garantizados por cien años. ¿Qué más se podía pedir?

Y, sin embargo, las industrias donde trabajaban aquellos nuevos obreros, cesaron de producir voluntariamente, para que los «Alkos» pudieran asistir a las exequias de tan eximia benefactora de la Humanidad.

Nadie, jamás, alcanzó tanta fama como Janet Leary. Por nadie

hablaron tanto la prensa y las cadenas informativas. Jamás, en toda la historia de la Humanidad, tuvo nadie un entierro como el suyo.

El ataúd de oro macizo fue colocado sobre un trono de maderas exóticas. Se sorteó el privilegio de ser portador de sus restos entre mil altos dignatarios de todo el mundo: científicos, políticos, escritores, magnates de la industria, economistas y estadistas.

Desde Learyland hasta el lugar donde se había erigido el mausoleo, que era una obra maravillosa de los artistas más importantes de la época, y cuya realización fue increíblemente rápida, el cortejo de millones de seres, humanos y artificiales, representó un cuadro imborrable e imperecedero.

El dolor que revelaban todos los asistentes no era fingido. El mundo entero lloró aquella pérdida.

Y, sin embargo, muy pocos conocían la verdad.

Harry Blake estaba contento… Su cinismo había desaparecido ya. Se sentía dichoso porque sabía que Janet ocupaba el alto trono que le correspondía en un lugar que sólo Dios superaba.

* * *

—¡Ella es feliz ahora, Susana; créeme!

—Estoy seguro también de eso —afirmó Manny Moranty—. Que nadie se apene por su muerte. Ella lo quiso así. Lo anhelaba. Ahora, en otra parte, goza de la felicidad eterna.

—Me reconfortan vuestras palabras, amigos míos —dijo Ian Brower —. Yo no creía, al principio, en ese Más Allá del que habláis. Pero ahora estoy seguro de que existe. Y sé que Janet nos contempla sonriendo.

—Sí —habló Susana—. No quiere ver lágrimas en nuestros ojos.

—Ella puede estar hablando por tu boca, Susana —apuntó Harry.

—Si eso es cierto, que nos haga una seña —dijo Franz Garver.

—¡Vaya usted al cuerno, doctor «Cuervo»! —exclamó Harry—. ¡Es para apalearle!

—¡Yo fui el primero en darme cuenta de que Janet no pertenecía a este mundo! —exclamó el alquimista de Saint Bernard—. Aparecía y desaparecía ante mí como un espectro.

—¡Y un cuerno! —exclamó Harry—. Eso no lo hizo Janet jamás.

—¡Lo juro por la salvación de mi alma!

—Usted veía visiones —observó Moranty—. No dudo que habló usted con ella en circunstancias especiales. He podido comprobar que, mientras hablaba con usted, en los Alpes, no se había movido de su despacho en Epiro.

—Epiro, que ahora se llamará Leary —añadió Brower.

—¡No puede ser! ¡Nadie puede estar en dos lugares a un mismo tiempo; ni los espectros del futuro!

—Siento contradecirle, doctor Garver —medió Brower—. En el Control Cívico llevamos un registro de entrada y salida del personal. Un funcionario anota la hora y el día en que se entra y se sale de allí. Y cuando usted dice que se encontró con Janet, por vez primera, ella estaba en su despacho.

Amoscado por aquella declaración, Franz Garver optó por callarse. Él recordaba muy bien cuando se volvió un día, y se encontró a Janet Leary detrás suyo. Ella le habló del cerebro artificial, le propuso construir la factoría y le envió los medios para lograrlo.

—Yo abandoné mi trabajo y mi residencia en Oglask para ir a verla. ¿Por qué lo hice? ¡Eso quisiera saber yo! —exclamó Manny—. Y me presenté en su despacho, y le hablé y ella me acogió como si me conociera de siempre… Incluso mencionó el nombre de Otos Rham.

—¡Ah, Otos Rham, el gran enigma! —exclamó Susana Hoorn—. He gastado una fortuna en detectives privados, tratando de hallar a la persona a quien corresponde ese nombre.

—Hasta que yo me enteré —añadió Harry Blake—. Y te dije: «Querida, no pierdas el tiempo. Jamás encontrarás a Otos Rham».

—Es cierto, Harry. Jamás le encontraré, a menos que tenga la suerte de morir e ir a donde están ellos, siempre abrazados… ¡Cómo la envidio! ¿Qué mujer no querría gozar de un amor como el suyo?

El doctor Hills no había despegado los labios. Escuchaba a todos y permanecía cabizbajo, sentado en su butaca. Pero su mente era un torbellino de recuerdos.

—Janet no pertenecía a este mundo… Tengo que decirles algo… Yo no hice un cuerpo humano… ¡Jamás lo habría conseguido! Trabajaba en el intento, pero lo único que logré fue un remedo imperfecto de hombre.

»¡Nadie, óiganlo ustedes bien, podría hacer algo tan perfecto como un ser humano! Y fue ella la que señaló todos mis errores. Creamos órganos tan delicados como el corazón, los pulmones, el bazo, los riñones, los órganos genitales, las vísceras… ¡Ah, amigos míos! Eso se dice muy pronto. La realización es cosa distinta.

»Y fue ella… "Haga usted esto, Hills, cambie la fórmula de la composición estérea". Yo sabía que jamás lograría hacer nada. Pero ella me abrió los ojos… Y dejó que yo me llevase la gloria.

—Es cierto —admitió Franz Garver—. Mi cerebro era una burda imitación. Janet lo hizo todo.

Aquello no era un secreto para nadie. Harry Blake lo sabía.

—Amigos míos, tampoco fue Janet la autora —habló solemnemente —. Ella recibió sus enseñanzas de su esposo. En realidad, todo cuanto hemos conseguido aquí nos fue legado desde el futuro, por una especie de fantasma. Pero no debemos divulgarlo. Lo importante es que está hecho. Eso basta.

Todos asintieron. Learyland debía continuar fabricando seres artificiales. El mundo necesitaba aquella importante mano de obra. El progreso se fundamentaba ya en un trabajo que realizarían seres hechos y condicionados para la más depurada técnica.

El hombre continuaría investigando. La obra de Janet Leary se perfeccionaría.

—¿Y sus investigaciones sobre la mujer artificial? —preguntó Susana Hoorn al doctor Hills.

—Me temo que eso no lo conseguiremos nunca. Janet no ayudó en nada.

—Obedecía a razones personales —dijo Manny Moranty—. La mujer artificial no tiene razón de ser. Nosotros creamos el hombre. ¿Para qué necesitamos alguien que haga bebés artificiales, si ya no serían obra nuestra, sino natural?

»Janet me habló de eso. Si creamos madres, nuestra factoría desaparecerá. Los "Alkos" se reproducirán a sí mismos. Serán seres como nosotros, sin la más mínima variación. Habríamos formado una raza aparte que podría engullimos.

»No, el homo naturalis es suficiente. Nacen adultos, están predispuesto para una función. El trabajo que ellos realizan nos lo ahorran a nosotros. Y el Proyecto “Cedeo”, que ya está en marcha, consiste, como sabéis, en que los “Alkos" se hagan a sí mismos a partir de nuestras fórmulas.

—Vámonos, Susana; ya empiezan los técnicos. ¿No dijiste que ibas a tomar vacaciones?

Susana Hoorn se levantó y salió de la sala de juntas, acompañando a Harry Blake.

—¿Dónde quieres ir?

—Unos meses en el Pacífico sur, rodeado de palmeras, quietud y silencio, nos vendría de maravillas.

Susana sonrió.

—¿Y cuándo nos casamos? Dejé un apuesto periodista por ti.

—¿A qué tanta prisa, cariño? —esquivó Harry—. ¿Qué necesitas?

—El derecho a exigirte fidelidad.

—¿Crees que si estuviese casado contigo iba a serte siempre fiel?

—¡Te obligaría!

—Pues hazlo ahora… ¡Oblígame a casarme contigo!

Subieren a un vehículo anfibio, de color azul, que se hallaba en el aparcamiento principal, ante las oficinas de Learyland Factory. Susana tomó el control, mientras él apoyaba su cabeza en el hombro de la joven.

—Estoy pensando en Janet. ¡La echo de menos! —dijo Harry con acento nostálgico.

—Yo también estaba pensando en ella y en ti. Y quería hacerte una pregunta, Harry —dijo Susana, mientras ponía en marcha el vehículo y salían hacia el exterior, volando a escasos centímetros del suelo.

—¿Cuál?

—¿La amabas de verdad?

—Sí. Pero sabía que era inalcanzable… ¡No me pertenecía!

—Me agrada tu sinceridad, aunque me duela.

—A ti te quiero de modo distinto, Susana. Tú eres como yo, más o menos. Te toco y sé que estás conmigo. Tocaba a Janet y no sabía dónde se encontraba

—¿No podía… tener hijos?

* * *

Desde que Janet Leary llegó a la mansión de Lokfor todo había cambiado en ella. La mano femenina empezó a modificar desde el primer instante.

Era fácil para ella. Pensaba, emitía un influjo mental y modificaba la posición de un muro, un mueble, una estatua, un árbol, o creaba un nuevo paseo en el jardín. El fluido vital de su mente era inagotable. Tenía un gran depósito en la Tierra de cerebros artificiales.

Ahora, sin sacrificar a un ser viviente o humano, podía obtener todo el fluido mental que quisiera. Y no sólo esto, sino que los Metafísicos recurrieron a ella en demanda de ayuda.

Primero fue Otos.

—Mi amor, necesitaré mil «Alkos».

—Tengo un depósito en los Alpes, otro en el Cráter Alberto, en la Luna, y otro que estamos construyendo en las selvas de Urano —

contestó Janet, sin preocuparse.

—Gracias, mi amor. Podía tomar el fluido por el método tradicional…

—¡No, por el amor de Dios; eso terminó, Otos! ¡Ya no tienes necesidad de sacrificar a nadie más!

—Mis hermanos, los Sabios Mayores, todavía utilizan a seres del pasado.

—¡No tienen necesidad de hacerlo!

—Alguien me ha dicho que no quieren molestarte.

—No es molestia, Otos. Ni siquiera han de pedírmelo. Ellos saben la reserva de que disponemos. Si es preciso, ampliaremos hasta satisfacer la demanda… Pero no quiero que se elimine a un ser vivo del pasado. ¿Para qué, si no, hice los cerebros artificiales? Y debéis saber que su fluido mental es mejor que el de los torpes personajes del pasado.

Otos abrazó a Janet tiernamente.

—Gracias. Se lo propondré. Ellos esperan tu ofrecimiento.

—No tenían que pedírmelo. Sin ellos no habría podido yo crear mi factoría.

Algún tiempo después, Otos dijo a Janet:

—Los hermanos están muy satisfechos contigo. Me han pedido si te gustaría ser Sacerdotisa Mayor.

—¿No me alejará eso de tu lado? —quiso saber ella.

—Muy poco. ¿Qué es un siglo para nosotros?

Ambos sonrieron, abrazándose.

—Es una alta consideración para ti. Hay nueve sacerdotisas. La Mayor será quien disponga las ceremonias en el Templo de Sidérea, en las fiestas de exaltación divina. Ahora, siempre discuten y jamás se ponen de acuerdo. Por eso han pensado en nombrarte superiora.

—¿No surgirán rivalidades?

—¡Por Dios, Janet! ¿Cómo quieres que haya rivalidades entre nosotros? Somos espíritus perfectos.

—Bueno, les diré que sí. Y para que no te vayas en muchos días de mi lado, te he preparado una fiesta «mortal».

—¿Una fiesta mortal? ¿Qué es eso?

—Algo que te sorprenderá. Se me ocurrió hace tiempo y lo he estado preparando en secreto. Ya sabes que puedo tener secretos contigo.

—¿En qué consiste tu fiesta?

—Una recepción en el jardín. Para eso lo he arreglado todo. Vamos a

invitar a las grandes personalidades de la historia… Quiero que vengan Séneca, Cicerón, Aristóteles, Julio César, «Madame» Curie, Teresa de Ávila… Cien o doscientos.

—¿A eso llamas tú una fiesta mortal?

—Es que también quiero invitar a mis amigos de la Tierra… A Harry Blake, Manny Moranty, Susana…

—¡Eso no puede ser, Janet! ¡Ellos no pueden venir aquí!

—Sí que pueden. Los he estudiado. Necesitaré sacrificar ciento ochenta mil cerebros Garver únicamente. Vendrán aquí en espíritu, naturalmente. Sus cuerpos mortales quedarán allí.

—¡Oh, no, Janet! ¡Eso es un gran despilfarro de fluido!

Janet hizo un mohín.

—Para saciar tus deseos amorosos, tú sacrificaste ocho mil seres vivos. ¿Qué hay de malo en que yo malgaste ciento ochenta mil cerebros que han fabricado ellos mismos? ¿Imaginas la alegría que recibirán al verme aquí?

—Pero…

—Y los Metafísicos se sentirán henchidos de orgullo al poder conversar con seres de esta época. Será una experiencia extraordinaria.

—Pero ellos… ¡No son hijos de Epsafa, como lo eras tú!

—Lo sé, amor mío. Ya he estudiado eso. Olvidarán todo lo que han visto aquí, cuando regresen a su mundo. Después de todo, no es una transmutación de tiempo. Es sencillamente… ¡un viaje a otra dimensión distinta!

—No sé… Eso habría que estudiarse.

—¿No te digo que ya lo he hecho yo? No puede haber error. Sólo necesito el permiso de mi querido esposo. Anhelo tanto ver a Harry, al señor Brower, a Susana.

—¿Cuántos vendrán?

—Una docena, a lo sumo… Mis mejores amigos. ¿Qué?

—Hablaré con mis hermanos del consejo.

—Si ellos están invitados, no se opondrían. Además, nada han de perder… ¡Podemos invitar también al general Buri!

—Está bien. Trataré de conseguirlo. ¿Cuánto tiempo terrestre estarán ellos aquí?

—Pues… ¿Qué te parece una semana?

—De acuerdo.

* * *

Harry Blake creyó estar soñando al ver a Janet avanzar hacia él, sobre aquel maravilloso césped del jardín de la mansión de Lokfor.

Susana Hoorn tuvo la percepción onírica de haber visto el cielo.

«—Te presento a Julio César, Manny —habló Janet—. Y ella es la señora Curie, descubridora del radium.

Ian Brower miraba en torno suyo, lo tocaba todo, maravillado de que pudiera existir algo como aquello.

Franz Garver no despertó de aquel sueño. Prefirió morir antes de abrir los ojos a la realidad.

Mark Otser escuchó durante horas al general Buri y supo que, en la Antigüedad, dos ejércitos lucharon entre sí, formados casi por trescientos millones de hombres.

¡Y Ebener Suakin besó a Cleopatra en una glorieta maravillosa del jardín!

Sueños, quimeras, ilusiones… ¿Qué había de verdad en todo ello?

FIN